

17
75
FOLLETIN DE "EL GUANCHE."

LA POESIA DEL MAR.

COLECCION DE CUENTOS MARITIMOS EN VERSO

POE

D. Ignacio de Negrin.

Ciudad de Santa Cruz de Tenerife
Imprenta y Litografía isleña de D. Juan N. Romero.
1861.

FOLLETO DE EL GUANACHE
Creador el día 17 de Agosto de 1861
en medio de la mar profunda, á los 70 años de
edad: y 24 días de edad, y á los 29 de su vida
Reyado en un momento de su vida

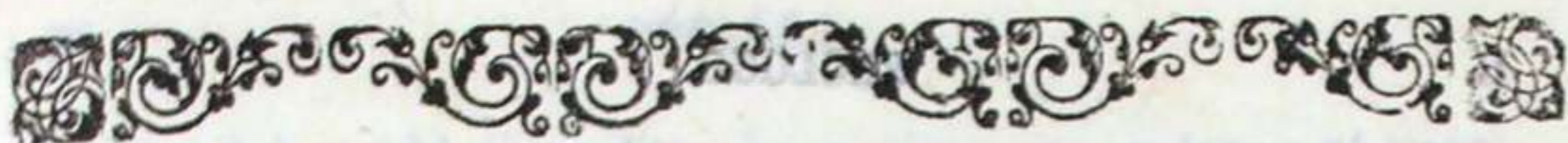
Es propiedad del autor, quien perse-
guirá ante la ley al que la reimprima
sin su autorizacion.

COLECCION DE CUENTOS MARITIMOS EN VERSO

de adorar, todo se acaba por último, pero en
medio de tantas ruinas, le quedará siempre á Carlos
el título de Católico: un mérito, el mérito de
las buenas obras: y este título y este mérito le dará
por una corona caduca y perecedera una corona inmar-
cescible: **El Negrito.** Do que en la
de la vida, y en la vida, y en la vida, y en la vida,
y el poder, que solo es miseria y vanidad en el
de la vida, y en la vida, y en la vida, y en la vida,
que como si paráramos de andar, en aquella Fe que
es inalterable, en aquella Fe que constante con
practicó las máximas del Evangelio: me fué en las
fervorosas oraciones y sacrificios de sus fieles vasallos,
y es el clamor universal, que me parece se levanta en
toda la Iglesia de España, y os dice Señor de la

Ciudad de Santa Cruz de Tenerife
Imprenta y Litografía de D. Juan V. Romero.
1861.

Buenos Aires: El Negrito I-III = La noche a calma = 5to 110



Prólogo.

Cúpleme al comenzar este prefacio ó prólogo, ó quizá mejor, juicio crítico acerca de los *Cuentos marítimos* del Sr. D. Ignacio de Negrin, manifestar claramente mi aversion á este género de trabajos, aversion bien justificada si se considera el abuso que há tiempo viene cometiéndose en la mayor parte de las obras originales que ven la luz pública. al frente de cuyo primer capítulo se coloca generalmente un artículo laudatorio escrito por un amigo del autor, cuando no por el autor mismo. Y esta franca manifestacion mia tiene por objeto asegurar que no me honro con el conocimiento del Sr. Negrin, ni de sus versos he tenido noticia hasta que los he visto impresos, por manera que mi juicio acerca de su valor ó de su mérito es imparcial y verdadero, no forzado por la presion de la amistad, ni aun del trato social. Mia ha sido la idea de examinar *La poesia del mar*, y pedida vénia al autor aun por segunda persona. me he atrevido á formular un parecer, quizá errado, mas sincero y en armonia con mis escasos

conocimientos, del pequeño libro que hoy tengo entre las manos.

Se repite en nuestro siglo una y mil veces cierta desconsoladora teoría con la que no estoy de acuerdo, y contra la que voy á decir algunas palabras, no tantas como fuera mi deseo, pero las suficientes para hacer conocida mi opinion. Se escribe, y por personas muy autorizadas y plumas de valer, que nuestro siglo al par que avanza en el camino de la civilizacion, retrocede en la senda de la moral, y consiguientemente en la del arte y de la poesía. Que mientras el hombre alcanza la perfectibilidad de su ser y vida racional y humana, pierde la nobleza de su espíritu, la idea de su ser casi divino, materializándose cada vez mas, y dando al goce vulgar y bastardo lo que al sentir moral y elevado de su alma niega. Que hoy todo se da á las pasiones de los sentidos, y nada á la idea grandiosa que impulsó al Creador cuando nos formó á todos en uno solo. Que por consecuencia de la marcha de las generaciones, las obras de estas llevan el sello de sus necesidades, ó tal vez con mas propiedad de sus aspiraciones ambiciosas, y que el arte es la máquina así como el sentimiento es la pasión, y como el alma es el goce, y el goce es la voluptad, si puedo usar de esta palabra no muy castellana.

Tal vez no podré negar algo de todo esto á los pesimistas de la época, porque ni es el hombre tan perfecto que destruya por completo la opinion de los que le juzgan malo, ni pudiera en su pretendida perfeccion llenar los deseos de los escritores moralistas que deprimen sus cualidades; pero me debe ser licito no creerle tan perverso que sea preciso anatematizar perpetuamente la sociedad, y pedir á Dios un nuevo diluvio que purifique la atmosfera de corrupcion que yo, ó miope ó muy contentadizo, no veo tan densa como á algunos parece.

El oro, se dice, repitiendo siempre la metáfora de la

serpiente del pueblo israelita, hace girar en su torno al grande y al pequeño, al noble y al plebeyo, al pobre y al rico. El oro, que proporciona el placer y el bienestar, es el móvil de todas las acciones de los hombres. No hay mas Dios que el oro. Al oro se humillan los poderosos. Ante el oro se postran los humildes. Por oro se vende la virtud, en cuyo caso deja de serlo. Oro da al vicio que la compra, y en todas partes el metal, á que llaman *vil* con mas ahinco los que mas le codician, es el primer elemento de la vida de los pueblos que hoy ocupan la estension de la tierra.

Confesemos que, esto cierto, nuestra situacion es dolorisísima. No podemos negar que ante un espectáculo tan desgarrador nada nos queda que esperar. La sociedad está disuelta; ya no hay familia, ya no hay honra, ya no existe el amor, ya no existe la fe.

Veamos en qué se funda el parecer de los que tal asientan; mas primeramente fijemos los efectos aparentes que señalan las causas ocultas de la decadencia ó engrandecimiento moral de un pueblo. Tres son, á mi modo de ver, tales efectos. El primero su religiosidad, esto es, el recuerdo de su ser; el segundo, su valor patrio, ó lo que es lo mismo, su política, su dignidad, su respeto á las leyes, su nacionalidad, su independendencia; el tercero, su arte, es decir, su literatura, su industria, sus relaciones, sus costumbres.

¿Acaso indica en nuestros pueblos el primer efecto la causa de su decadencia? ¿Está de tal manera destruido el principio religioso en nuestra generacion que se pueda decir que no existe? No, y mil veces no. El siglo es creyente por mas que se afirme lo contrario. Investigue cada cual los arcanos de su conciencia, busque en el fondo de su alma el rayo de fe que le alumbrá en sus soledades, deseche el fuego de la duda que brilla ante sus ojos, y se encontrará digno de si. Pregunten los pesimistas al hombre si niega, y les contestará que cree. Píntele con negros colores el porvenir de su

alma, y el hombre mostrará que espera. Pídanle amor, y le dará probando que ama. La union de los hombres, de los pueblos y de las razas, ¿que significa sino el triunfo del sentimiento religioso en su mas alta gloriosa victoria? ¿Cuándo como hoy el hermano ha amado al hermano, el vecino al vecino, el rico al pobre, el pobre al rico, y todos al prójimo como à si mismo? Sensibles disturbios agitan todavia algunas naciones, y mas sensibles aun porque en la lucha se juegan derechos que unos consideran de origen divino, y otros de aplicacion humana, ¿pero entra acaso una ú otra apreciacion à perturbar el sentimiento religioso? ¿Alterar tal contienda la integridad del dogma, como pretendian alterarlo tiempos atrás los Arrios, Luteros y Calvinos? No me estenderé sobre este primer efecto, por serme vedado el terreno de su discusion, pero dejaré à la imparcialidad de quien me lea, abierto el campo à sus deducciones, que algo probarán en favor de la mia.

¿Quién dirá hoy que no existe el valor patrio? ¿Quién creerá que los pueblos no se estiman en lo que valen? ¿Quién afirmará que no les alienta el espíritu de su poderío y de su fuerza? Tal vez porque desapareció el afán de la aventura y el derecho de la conquista se juzgará degradada à la nacion que no arroje sus huestes espada en mano à empresas temerarias que compran la gloria con sangre y con horrores. Pero tal valor me espanta, no me conmueve. Y aun cuando esto mismo se pretenda, ahí están para contentamiento de todos los esfuerzos de dos pueblos que, protegiendo al débil, hace poco han llevado à cabo empresas de caballeridad como las que antaño no mucho se acostumbraban, y que hoy no se escatiman. Si en los efectos de la política deben actualmente borrarse cuadros que à unos mueven à risa y à lástima à otros, vuélvase la vista atrás y compárese.

En el tercer efecto debia encontrar la decadencia del arte, y en este es, porque me atañe mas y atañe à mi

asunto, en el que mejor quiero combatir á los pesimistas del siglo. En el arte he comprendido la industria y las relaciones del pueblo. Sabido es por demás cuánto aventaja nuestra época á las pasadas en lo que respecta á estas dos fracciones del arte, del arte material y mecánico si se quiere, pero que al fin constituye un principio poderoso de progreso moral, puesto que eleva al bajo acercándole al que está mas alto, é igualando á ambos en derechos por medio de la inteligencia. Si este solo adelanto no constituye el primero y mas santo emblema del bienestar de un pueblo, no sé francamente dónde se debe buscar lo grande, lo noble, lo bueno, lo perfecto.

Las nobles artes, tenidas generalmente por la espresion verdadera del grado de cultura de una ó muchas generaciones, nos enseñan á través de los siglos esas historias que se han escrito con el cincel de Fidias, con los pinceles de Zeuzis. Aquí las Venus libidinosas patentizan el culto tributado á la hermosura, allí los caballos y las armas de los relieves de la columna de Trajano, la importancia que se daba á la guerra. Las catedrales góticas nos dan idea de la fantástica y grandiosa creencia de los primeros cristianos, y los acueductos romanos son muestra clara de la organizacion de un poder público solícito del bien comun y de las aventajadas concepciones de sus gigantescas obras de utilidad general. Y ahora bien; ¿por que el carril de hierro, y el alambre, y el hélice, y tantos descubrimientos de nuestros dias, al ser la manifestacion del espíritu creador y perfeccionador de la época, no han de simbolizar la union de los pueblos y el arte no menos noble de hacer una de todas las razas? ¿Es acaso que el pincel de Miguel Angel, al trazar los frescos del Vaticano, habrá prestado mas servicios á la humanidad que el martillo de Biasco de Garay al forjar las calderas en que habia de encerrar el gran elemento del vapor? ¿Por qué ha de merecer menos alabanzas el que construye un buque movido por el pro-

pulsor, que el que levanta una estatua à la Caridad? Si este rinde un tributo de admiracion y respeto à la mas hermosa de todas las virtudes, aquel acorta las distancias que separan los continentes, remedia con presteza las necesidades de uno ú otro, y facilita los medios de ejercer esa misma caridad representada por el mármol, por el lienzo ó por la poesía.

Me he estendido demasiado, y por esa razon no hablaré de las costumbres de los pueblos modernos, que si no patriarcales como las de los tiempos primitivos, están muy lejos de ser como las de muchas épocas en que el escándolo y la depravacion mas cínica han tenido altares en todas las ciudades, y à los que han rendido culto todos los hombres. Vendré solo à hablar de la literatura, que hoy se escarnece y se rebaja por los mismos que ejercen su sacerdocio.

Jamas, ni aun en la época del renacimiento, ha existido un movimiento literario comparable con el del siglo XIX. Ni en tiempo de los Calderones y Moretos, ni en los de Garcilaso y Fr. Luis de Leon, ni cuando el fecundísimo Lope escribia sus mil ochocientas comedias, ni cuando el gran Cervantes creaba su imperecedera corona de gloria, ha existido un afan tan creciente, una fé tan verdadera, un estudio tan profundo, un cultivo tan provechoso de las letras castellanas como el que hoy ocupa las inteligencias de muchos medianos escritores, de bastantes buenos, de algunos sobresalientes. Y à fé que no quiero comparar à ninguno de los de nuestros dias con los ya pasados, ni probar si éste hace mas que el otro hizo, ni si Breton corresponde à Lope ó à Tirso, ni si Zorrilla se alienta en mas levantada inspiracion que la de Herrera, puesto que los géneros de la literatura son distintos, y nada de comun tienen hoy aquellas y estas obras del ingenio. Pero defenderé con todas mis fuerzas mi opinion contra los que afirman que hoy no tenemos literatura porque no tenemos inspiracion, porque se materializa el siglo. Repito y repetiré

siempre lo contrario. Hoy tenemos poesía arrogante y épica en el duque de Rivas, chispeante y aguda en Breton de los Herreros, romancesca y caballerosa en Zorrilla, sentimental y dulce en Hartzembusch, patética y trascendental, como hoy se dice, en Espronceda, clásica y severa en el marques de Molins, elegiaca en Gallegos, tirtéica en Quintana, trágica en Martínez de la Rosa, conmovedora en la Avellaneda, filosófica en Campoamor, satírica en Aguilera, ese poeta casi desconocido, que es el Juvenal de nuestros días. ¡Y aun se niega que existe la poesía!

Muchos de los escritores que diariamente llenan con sus obras las librerías, y de los cuales apenas es leída la cuarta parte, encierran en sus imaginaciones mas ó menos fecundos gérmenes de inspiracion, que tal vez por la indolencia natural á todos los cultivadores del ingenio, no brillan como debieran; pero aun en lo que escrito vemos, en lo que por *necesidad* ó por ambicion de nombre se publica hállanse sobradas bellezas, muchas de primer orden, que pueden hacer la apología de los adelantos literarios de la época. Desgraciadamente son bastantes los que sin estro verdadero, sin disposiciones para las letras, lánzanse á la penosa carrera, y de estos malos hijos del Parnaso toman pie los que no se hallan contentos con el siglo en que han tenido la dicha de nacer para deplorar la decadencia de la literatura. Pues acaso, ¿no fué entre muy malos libros y escritores entre los que descolló Cervantes con su *Quijote*? ¿no existieron al lado de Calderon cien dramáticos desconocidos hoy, que fueron en su tiempo reprobados? ¿Y no brilló Moratin por encima de la noche de Comella? ¿Y no censuró mil veces Quevedo á su rival Góngora cuando este apeló al concepto, haciendose mal poeta de aventajado que era?

Censurese en buen hora el género de la moderna literatura francesa, pero aun en medio de tal censura apláudase el génio de Victor Hugo y Delavigne. Trátese con du-

reza tal ó cual tendencia de las letras españolas, póngase en tela de juicio la oportunidad mas ó menos justa de sus giros, pero no se niegue que existen sin decaer, y que existen brillantes como en los mejores tiempos, como en su época de oro. Juez de ello es el tiempo, aunque nosotros no conoceremos el fallo.

Ocasión para espresar mis opiniones en este punto me ha sugerido la lectura de la *Coleccion de cuentos marítimos en verso* de D. Ignacio de Negrin, poeta

*«que ni pretende ser docto,
ni presume que lo crean.»*

con la resolución de dar mi parecer sobre la misma obra. Y me ha parecido conveniente hacer que precediera al examen de las poesías del Sr. Negrin mi juicio sobre la decadencia supuesta de las letras castellanas, porque de tal manera apareceria mas en relieve el indisputable mérito del libro que me ocupa

Inspirado en el mar, hablando siempre del mar, mojada, por decirlo así; la pluma del poeta en las ondas saladas, el género á que pertenecen estas composiciones es nuevo, y como nuevo y bien manejado seduce y entusiasma. Se comprende la inmensidad del Océano cuando se recorren las páginas que ha trazado el Sr. Negrin siempre á bordo y cumpliendo con un cargo importante penoso que de seguro esta reñido con la poesía. Pero es tan grande el asunto á que ha cantado el jóven marino, tienen tantos atractivos para la imaginacion y se graban de una manera tan estable en la memoria las escenas de la vida de un buque, que al ingenio claro de nuestro poeta ha sido facilísimo trasladar á sus composiciones toda la animacion, toda la *poesia del mar*.

¡El mar! Es decir, lo inmenso, lo incomprensible. ¡El mar! Ese elemento poderosísimo, cuya violencia nadie puede contrastar cuando se alza arrogante queriendo hacer llegar sus espumas hasta el cielo, tronando con la tormenta, rugiendo

con el huracan, enseñoreandose de todos los elementos, haciendolos servir en el alarde bravío de su fuerza y de su indomable arrogancia. El mar, que es la poesia del firmamento, su reflejo, su hermano cuando en tranquilo murmurar arrulla la barca del marino, que entona á su compas esos cantos monótonos y dulces que no se escuchan sino á bordo. El mar ha sido la inspiracion del poeta Sr. Negrin. A sus ondas ha pedido voz y acentos con que elevar los suyos hasta la altura que merece asunto tan grande: pero oigámosle: el mismo señor Negrin nos lo dice en la introduccion á sus *Cuentos*, hablando con las aguas:

*«Tú tienes tu lenguaje, tu música, tus ruidos,
Que espresan misteriosos tu insólito anhelar;
Si ruges, en los montes retumban tus bramidos;
Si lloras, en las playas rubricas tu pesar.*

*Yo voy de tu susurro la triste melodía,
La misteriosa endecha con fe á reproducir;
De tu furor los ecos cuando en la noche umbria
Deciende la centella tus senos á entreabrir.*

*Si, Océano impetuoso; para cantar tus iras
Desploma turbulenta tus olas sobre mí;
Mi voz será la tuya; los versos que me inspiras
Dirán lo que estasiado sobre tu faz oí.*

Fruto de tan alta idealizacion han sido los *Cuentos marítimos* de que tengo el placer de tratar; y digno fruto por cierto, puesto que no hallo en todo el libro ni una sola composicion que no deba apreciarse bajo un punto de vista. El Sr. Negrin ha sabido de tal manera unir las escenas de la vida de tierra con las de la mar, ha dado á sus caractéres un colorido tan vivo y tan lleno de verdad, ha logrado detallar con tanto acierto los menores incidentes de sus cua-

dros, que sin disputa alguna, ha hecho en las páginas de su *Poesía del mar* sentir la voz de la tormenta y la mansa quietud de las aguas en calma, y el chascar de los mástiles, y el rebramar sordo de las velas agitadas por un viento furioso y desigual, y la blasfemia del que ha perdido la fé en medio de la borrasca, como la oracion del que duplica la suya en el peligro, y el grito del abordaje, y el canto de amor del marino que recuerda su patria lejana, y el tronar del cañon entre la lucha de muerte y esterminio, y esos millares de sonidos que en paz y en guerra, en el buen tiempo y en la tormenta ha escuchado su alma, guardando el recuerdo en los repliegues de su ardorosa imaginacion. Con las poesías del señor Negrin en la mano se comprende lo que es ese elemento á que con tanta bravura se lanza el hombre, escudado con su no arredrada voluntad y defendido con su ciencia.

Leyendo sus *Cuentos* se sueña en los bajeles que pinta, se ve como.

*«Henchida la blanca lona
Rompiendo montes de espuma,
Vuela entre compacta bruma
El bergantin Sin rival.
No hay nave que le aventaje
Ni en su casco ni en su quinda,
Ni ha cruzado otra mas linda
Por la zona tropical.*

*Como un pájaro marino
Siempre alado, y en el viento
Flotando el leon sangriento
De la patria de Cortés,
Burla tal vez ó persigue
Al que su intento embaraza,
Que nunca temió la caza
De su enemigo el inglés.»*

En la pintura de un abordaje, el Sr. Negrin está felicísimo. Oigámosle.

*„Humo do quiera, confusion, tumulto!...
El áspero silbar de la metralla
Se une al crujido del espeso forro
En astillas deshecho por las balas.
Los buques aferrados, cual atletas
Que los brazos desnudos entrelazan,
Se oprimen de tal modo que parecen
Animados tambien por la venganza.»*

Para escribir de esta manera se necesita sentir, y haber sentido en el mar, y haberse recreado en la contemplacion de su hermosura, y haber temblado ante el cuadro tremendo de sus iras. Se necesita para trazar con tanta energia una lucha de dos buques en alta mar, alejados de la tierra y de los hombres, sin mas remedio que perecer el uno ó el otro, ó los dos á la vez, se necesita para trasladar al metro tan bárbaro esfuerzo ser poeta, y el señor Negrin nos da prueba de serlo. Voy á copiar algunos versos pintando un incendio á bordo:

*„Fuego! al incendio! y en la popa asoman
En humo envueltas puntiagudas llamas,
Que destacando sus voraces lenguas
Por las torcidas, resinosas jarcias
Hasta los topes rechinando suben
Rojizas torres de infernal semblanza.*

*Y cuando el casco del bajel ardiente
Reventó en un volcan, las formas vagas
De aquellos hombres un instante viéronse
Sepultándose luego entre las aguas.»*

¿No son dignos estos versos de ser citados con encomio? ¿Hay en ellos algo que no sea exacto, verdadero y palpitante? No se leen con avidez, no se identifica la imaginación con la del poeta que de tal modo hace sentir lo mismo que él siente?

Pero no es solo el Sr. Negrin poeta del mar, no solo tiene número para cantar la bravura de las olas y la fiereza de los marinos. Por el contrario, su lira entona también coplas de amor dignas de nuestros mejores ingenios. Y no podía ser de otra manera. El mar tiene tantas perspectivas, habla al corazón con tan diferentes tonos, que el que le comprende, lo ha comprendido ya todo. El mar que hierve al anuncio de la borrasca inspira la fe de la religión; el mar que muere pausadamente el pesado bergantín al amanecer de un día claro, pintando de azul la superficie de las aguas y la bóveda del cielo inspira la fe del amor; el mar arrebalado, negro de cólera inspira el valor sin igual, el heroísmo sin nombre del que lucha contra el infierno todo; el mar que lleva rápido el bajel hacia el puerto deseado inspira el recuerdo más puro y más hermoso de la patria. El mar muestra al verdadero marino la sombría amenaza de un enemigo traidor, la sonrisa halagüeña de una querida, la cólera justísima de Dios ó su amor infinito. Por eso *La Poesía del mar* es arrogante unas veces, dulce otras, sombría en ocasiones. y en ocasiones franca y llena de contagiosa alegría.

En uno de los más bellos cuentos del Sr. Negrin encontramos las siguientes quintillas que honrarian á Espronceda:

*«¡El Africa! Fértil playa
Donde el mar rueda tranquilo
En tornasolada raya.
El Atlas es su atalaya,
Sus arroyuelos el Nilo.
Pliega en vano la tormenta*

*Sus tostados arenales,
Donde con faz opulenta
Tres pirámides ostenta
Por soberbias catedrales.*

*Un valle aquí pintoresco,
Mas allá un adoar beduino.
Y un cásis donde al fresco
Canta un romance arabesco
El musulman peregrino.*

*¡El Africa! Si; allí está
Bordando el líbio horizonte,
Donde epenas luce ya
La luz del astro que va
Muriendo de monte en monte.*

No quiero acumular citas por que este prólogo se va estendiendo mucho, pero como muestra del sentimiento religioso que respira la plegaria del Sr. Negrin à la Virgen del Càrmen, copiaré la siguiente bellísima estrofa:

*«Tú, Virgen de pureza
Estrella de los mares,
Magníficos cantares
Do quiera oyes sonar,
Y cuando luminosa
Tu faz pura se ostenta,
Humilde la tormenta
Despareciendo va.»*

Para admirar esta composicion preciso es leerla toda. En el diàlogo nuestro poeta tiene una facilidad extraordinaria. Las siguientes redondillas se tomarian por de Breton:

— «*Pero, ¡por vida de San!...
 ¡Si os juro que me buscó!
 — Como el otro que murió
 Por vuestra mano en Ceilan.
 Y luego quereis decir
 Que os insultan.. ¡sois fatal!
 ¡Qué lástima!... un oficial
 Tan jóven, de porvenir...
 — Ira de Dios, caballero!
 — Eso es; venid á buscarme
 Tambien camorra, y probarme
 Que no os da por pependenciero.»*

Para concluir citaré solamente las dos estrofas que siguen de su oda «*Roma y Cartago,*» escrita hace ya bastantes años:

*«¡Albion! Albion!...¿qué esperas?...
 No te pierda tal vez tanta arrogancia!
 ¡Ay de tí si altaneras
 Se desprenden á hendir raudas esferas
 Las imperiales águilas de Francia!
 ¡Ay! si ese rumor vago
 Proporciona gigantes al fin toma!
 ¡Ay! si el destino aciago
 Desprende sobre tí, rica Cartago,
 Los espesos ejércitos de Roma!»*

Creo poder asegurar que las poesias del Sr. Negrin merecen ser leidas con atencion, y que este jóven marino podria alcanzar un puesto digno entre nuestros modernos poetas si se dedicase con mas asiduidad al cultivo de las letras. Sus obras me ayudarian á probar mi opinion contra los detractores pesimistas del siglo, y seria una página honrosa más escrita en la historia literaria española, que tantas cuenta en épocas pasadas, y que aumenta de tal modo sus glorias en la presente.

F. VILLALVA.

— 11 —

INTRODUCCION.

AL MAR.

¡Calma un momento tus soberbias ondas
Océano inmortal!.....

Quintana.

Et vocavit Deus aridam, terram, congregatio-
nesque acuarum appellavit Maria. Et videt Deus
quod esset bonum.

*No rompas turbulento, las ondas espumantes
Que agrupas tormentoso rugiendo sin cesar;
Calma un momento, calma, tus senos palpitantes
Y escucha una vez sola tranquilo mi cantar.*

*Mecido en los espacios sin límites que encierra
Tu vasta superficie, desde mi infancia fui,
Tocando por tus ondas la afortunada tierra
Aurífero y ameno vergel donde nací.*

*De mi almenada villa los toscos campanarios
Yo vi del horizonte perderse en el dintel;
Y en su lugar tendidos tus campos solitarios
Sin límites, inmensos, ciñendo mi bajel.*

*Sus débiles costados, crugiendo entre tus olas
Mi corazón de niño llenaban de pavor;
Busqué la tierra amiga y hallé tus crestas solas,
Florones espumantes deshechos en redor.*

*Allá en el horizonte la pálida neblina
En grupos sin concierto pegábase tenaz,
Ya un monstruo figurando, ya enhiesta una colina*

Que entre sus mismos pliegues desaparecia fugaz.
¡Oh mar, cuánto te adoro! tus hórridos bramidos
Mis sueños arrullaron con su estentóreo son,
Y el austro que encorbaba los cables retorcidos
Bañó en su soplo ardiente mi rauda inspiracion.

Yo ví sin movimiento de tu argentina espalda
Los velos transparentes teñidos en azul,
Como un inmenso lago de plata y esmeralda
Sobre el que tiende el cielo su misterioso tul.

Mi enrojecida frente bañé en las tropicales
Llanuras que la brisa no puede refrescar,
Y me envolvió la bruma también en las glaciales
Tristísimas regiones que agitas sin cesar.

Yo ví sobre los flancos cruzar de mi barquilla
La lumbré pavorosa del rayo brillador;
Y al retumbar el trueno crugir la débil quilla
Y el destrozado mástil con hórrido fragor.

Yo he visto en la alta noche del cielo ennegrecido
Rasgar el turbio manto relámpago infernal,
Y remojar mis sienes del àbrego al bramido
Las apiñadas nubes con lluvia torrencial.

Te he visto en tu grandeza, cuando imponente al cielo
Tus montes espumantes elevas con furor;
Te he visto cuando humilde reposas de tu anhelo
En traspasar el límite que te marcó el Señor.

Sobre tu seno inmóvil volando mi barquilla
Llevóme á fértil playa que yo solo pisé;
Tendí la vista ansioso por su feráz orilla
Y ví... lo que ya nunca, ya nunca olvidaré.

La Fada de mis sueños, la blanca y misteriosa
Vision que concebimos quizás alguna vez,
Cuando inocente el alma se esparce vaporosa
Por los dorados campos que alfombra la niñez.

Yo ví... pero tendamos el velo del olvido
Sobre ese panorama de dicha que pasó,

Como tus ondas pasan ¡oh mar enfurecido!

Sin huellas como el ave, fugaces como yo.

Surcando tus llanuras por siempre solitarias

Imágen infinita del infinito Ser,

Mas puras se elevaron y ardientes mis plegarias

Al que tu orgullo doma y humilla tu poder.

Tus límites inmensos que abarca la tormenta

No puedes traspasarlos en tu soberbio ardor,

Y el soplo que tus senos convulsos alimenta

Se estingue al raudo soplo que emana del Señor.

Tú tienes tu lenguaje, tu música, tus ruidos,

Que espresan misteriosos tu insólito anhelar;

Si ruges, en los montes retumban tus bramidos;

Si lloras, en las playas rubricas tu pesar.

Yo entiendo tu lenguaje; yo al canto de tus olas

Mis penas incesantes, Océano, arrullé,

Y al ver cómo en la tarde tu espuma tornasolas

El velo de una virgen sobre tu faz miré.

Yo voy de tu susurro la triste melodía,

La misteriosa endecha con fe á reproducir;

De tu furor los ecos cuando en la noche umbria

Deciende la centella tus senos á entreabrir.

Mi lira abandonada, con armonioso acento

Tal vez para cantarte no vuelva á responder:

Mas presta á mis canciones ¡oh mar! el sentimiento

Que colosal preside tu omnimodo poder.

Inspirame tus glorias, porque las tienes grandes;

La historia en sus anales con oro las grabó:

¿Tus crestas no borraron las crestas de los Andes?

¿Tu elástico volumen la tierra no inundó?

¿Do están esos imperios que levantó insolente

La clava enrojecida de un déspota oriental?

¿Do están sus acueductos? ¿Do está su altiva gente?

¡Tus ondas se tragaron su inmenso pedestal!

Sí, Océano impetuoso; para cantar tus iras

*Desploma turbulento tus olas sobre mí;
Mi voz será la tuya; los versos que me inspiras
Dirán lo que estasiado sobre tu faz oí.*

*Si, inspira mis canciones, oh mar que me arrullaste
Sobre tus vagas ondas con ansia maternal;
Inspira al que en tu seno la frente refrescaste
Cruzando el encendido desierto tropical.*

*No rompas turbulento las ondas espumantes
Que agrupas tormentoso rugiendo sin cesar:
Calma un momento, calma, tus senos palpitantes
Y escucha en mis cantares tu escelsitud ¡oh mar!*

— 30 —

EL NEGRERO.

I.

*Henchida la blanca lona
Rompiendo montes de espuma;
Vuela entre compacta bruma
El bergantin «Sin rival.»
No hay nave que le aventaje
Ni en su casco ni en su quinda;
Ni ha cruzado otra mas linda
Por la zona tropical.*

*De esbelta y aguda prora,
Mástiles limpios y erguidos,
Costados siempre bruñidos,
Donde reverbera el sol;
No hay bajel en su camino
Se iguale ó rinda altanero,
Que es el buque mas velero
Que nació en puerto español.*

*Si el viento silva iracundo
Graciosamente se inclina,
Pero avanza de bolina
Cual ningun otro bajel.
Nunca el turbion, de sus gabias
Rindió el mastelero erguido,
Ni puerto estrecho ó torcido*

Dejó de tomar por él.

En vano enemigo el viento
Contrariamente le azota,
Y en vano el mar alborota
Sus montañas de crisal;
Que en apuntando sus vergas
Pese al soberbio elemento,
Sale siempre á barlovento
El bergantin SIN RIVAL.

Diez veces dejó altanero
Rompiendo espléndida espuma
Las playas que Motezuma
Con sangre imperial regó;
Diez veces las africanas
Costas vieron á su lado
Batido el bajel osado
Que abordarle pretendió.

Como un pájaro marino
Siempre alado, y en el viento
Flotando el leon sangriento
De la patria de Cortés,
Burla tal vez ó persigue
Al que su intento embaraza,
Que nunca temió la caza
De su enemigo el inglés.

Que ya entre la niebla oscura
Sinistra intencion velando,
Se fué una noche cazando
Una corbeta de Albion;
Y altanero su respuesta
Lanzó al contrario atrevido
En el ardiente estampido
Del mortífero cañon.

Sesenta bravos lo dotan;
Y es su capitán un hombre

Misterioso hasta en su nombre
Singular hasta en su ser;
Jóven, torvo, macilento
Siempre el ceño cegijunto
Jamás ha dicho que punto
Le vió del globo nacer.

♫ Nunca su palabra altiva
Cruzó risueña su labio;
Si es rudo, ignorante ó sabio
Nadie lo puede afirmar;
Pero hay en su voz de mando
Tal torrente de energía
Que no obedecer sería
Estupidez singular.

♫ Su frente erguida y tostada
Surcan en bandas oscuras
Esas huellas prematuras
Con que la marca el dolor,
Y bajo la arqueada ceja
Si se inflama su pupila,
El más resuelto vacila
A su ardiente resplandor.

Pensativo y misantrópico
Su carácter se revela
Solo cuando alguna vela
Cruza del mar el confín:
Sus ojos entonces vividos
Vendiendo sus pensamientos
Clavó torbos y sangrientos
En su propio bergantín.

Cuando en tormentosa noche
Cruje la azotada antena,
Su frente altiva y serena
Domina la tempestad:
Y à sus rudos compañeros

Llamando plácido á popa
— «Henchid, les dice, la copa,
Mis valientes, y brindad.» —

El primero en el combate,
Esforzado en la pelea,
Si vence nunca desea
Parte alguna en el botin,
Y espléndido lo reparte
Con generosa grandeza
Sin reservarse otra pieza
Que su airoso bergantin.

Por eso sus foragidos
Le adoran y le obedecen
Y tiemblan y se estremecen
Si se irrita el capitan:

¿Mas qué sello de amargura
Luce en su frente atristada?
¿Por qué esa paz reservada
Y ese altanero ademan?

Hondas desdichas marcaron
Quizas su paso en la tierra;
Tal vez crudísima guerra
Le brindara una pasion.
Acaso su mente agitan
Recuerdos de angustia llenos...;
¿Quién sabe cuanto los senos
Ocultan del corazon!....

II.

En una tortuosa calle
Oscura, sucia y siniestra
De la ciudad cuyo nombre
Es Baltimore opulenta,
Joya de la americana

Union, que el Patapsco riega,
No ha mucho tiempo se via
Una colosal taberna
Como lo indicaba al público
Una mal llamada muestra.
Y decimos mal llamada
Porque harto difícil fuera
Distinguir si es muestra ú horca
Un palo de donde cuelgan
En una sogá amarradas
Las disecadas cabezas
De dos siervos, tristes víctimas
De la caza ó de la guerra.
Ello es lo cierto que el nombre
Le dieron á la taberna
Del animal que adornaba
Su desvencijada puerta,
Y que el focus por las noches
De las reuniones era,
Donde solícita entraba
A engullir ron y cerveza
De una legua á la redonda
La chusma marineresca.
La atmósfera de sus salas,
Mal guarnecidas de mesas
Cojas las unas, manchadas
Las otras, y todas negras,
Era un conjunto sombrío
De vapores cuyas densas
Espirales caprichosas
Pululaban cual la niebla
Que inmóvil sobre las cumbres
De las colinas se pega.
Una lámpara tan solo
Avida y amarillenta

Alumbraba sôlitaria

Las tumultuosas escenas

De aquella turba insaciable

Lubrica, torpe y grosera:

Turba feliz que no vive

Ni de la paz europea,

Ni de que mande uno solo

Ni de que no le obedezcan

Ni de que el imperio ruso

Hasta el Bósforo se estienda,

O que la Europa en república

Se constituya ó en necia.

La noche, pues, en que el hilo

De nuestro relato empieza,

Dos hombres juntos estaban

En la antedicha taberna

Frente por frente sentados

Y entre los dos seis botellas

Del mas exquisito vino

De las andaluzas cuevas

Jóven el uno, arrogante,

Frente attiva aunque morena,

Larguida faz si bien torva

Y simpáticas maneras,

Reconocerle es muy fácil

Si los lectores recuerdan

Del capitán africano

La desaliñada muestra.

Notábase en su vecino

La faz movable y risueña

Del hombre curioso y sandio

Que amasa en confusa mezcla

La sencillez con la astucia,

Y el dobléz con la franqueza.

Oficio de sastre habia

*Y numerosa clientela,
Especialmente en la turba
De la gente marinera,
Con quien sus cuentos y chistes
Gran valimiento le dieran;
Y es escusado advertiros
Lector, que usando tijera
No era tan temible el filo
De sus hojas cual la lengua
De nuestro sastre, famoso
En la ciudad y en la tierra.
Mas dejando digresiones
Que por cansadas molestan
Es el caso que el buen hombre
Despachando una botella,
Al capitan lo que sigue
Dijo á corta diferencia.*

*—¿Con que al fin partís mañana?
—Tal pienso.—Otra vez al mar...
—¿Me quereis acompañar?
—La verdad, no tengo gana.
Yo ese elemento maldito
No puedo ver sin horror;
Y no es miedo, no señor;
¡Ca! ¡Si me gusta infinito!
Mas cuando sus olas veo
Batir la costa furiosas,
Siento... ¡Qué se yo!... Unas cosas
Parecidas al mareo.
—Entiendo, pues; preferís
Vuestra aguja á mi barquilla;
Cosa es justa y muy sencilla.*

Maese, lo que decís:

*Mas yo que al turbio elemento
Tendí ya mis alas bellas,
No vivo si no oigo en ellas
Crujir vagaroso el viento.*

*La tierra y su orgullo vano
Me causan mortal hastío;
Pero el mar .. ¡Oh! El mar es mio;
Mi patria es el Oceano.*

*Sin límites ni confín
Se estiende sobre él mi imperio,
Y en uno y otro hemisferio
Reino con mi bergantín.*

*No me rinden los turbiones,
Ni me asustan los ingleses;
¡Oh! Han probado muchas veces
La fuerza de mis cañones.*

*—Los ingleses, uf! que horror!
Que jente tan atrevida!*

*—No lo creas, por mi vida;
Nunca la encontré mejor.*

*—¿De veras? — Si. — Capitan,
Decís eso de tal modo...*

—Bah! como lo digo todo.

*—Bien puede ser; pero están
Presentes aun... — ¿El qué?*

—En mi colosal memoria....

*—¿Que decís? — Nada; una historia
Que os toca de cerca á fé.*

*—Contádmela, pues. — Sin duda;
Pero bebamos primero:*

Este mundo es muy artero,

Capitan, y el vino ayuda

A sobrellevar los males

En la paz como en la guerra;

*Lo mismo por esta tierra
Que en los desiertos glaciales.*

*—Al cuento, pues. —Pues señor,
No respondo si hay engaños:
Habrá cosa de cinco años
Que silbaba con horror*

*El viento en oscura noche,
Cuando en frente de mi casa
Siento ruido; lo que pasa
Voy á ver, y atisbo un coche.*

*Un coche ni mas ni menos,
Y lo que mas me pasmaba
Era el viento que soplabá
Furioso, con lluvia y truenos.*

*Muy poco tiempo despues
Dos personas se apearon;
Una era muger... —Y hablaron?
—Por cierto en muy buen inglés.*

*Ola! parece que el vino
Os vá gustando. —Sí! sí.
Continuad, —Eso es, así
Debe ser un buen marino.*

*Pues como digo, es el caso
Que ELLA habló y le dijo á ÉL:*

«¿Está lejos el bajel?»

Y él contestó: «dista un paso,

«No temas yá, hermosa mia,

«De tu esposo el rigor fiero,

«Que es un barco muy velero

«Y está muy distante el dia.

—«Sí, dijo ella, sí por Dios!

«Marchemos. — En la ribera,

Dijo él, «mi barca me espera

«Y nos llevará á los dos.»

—Eso dijo? —Si por cierto;

*Y desde que se marcharon,
Mis ojos no se apartaron
Un solo instante del puerto.*

*Pero ¡cá!... No habia deslices,
La noche era tan sombría
Que ni un palmo se veía
Mas allá de las narices.*

*Estrellas, ni por asomo;
Luna, menos; mas silbando
Cruzaban de vez en cuando
Centellas de tomo y lomo.*

*Y hé aquí que al fulgor maldito
De una que á poco me hiela
De miedo, atisbo una vela
Que se larga callandito*

*— ¡Táte, dije yo, el inglés!
No te envidio la aventura...*

*¡Huf! Que noche tan oscura
Era aquella, ¡San Andrés!*

*— Y en suma... — Aquí, capitán,
Viene lo mejor del cuento;*

Y os repito que si miento...

— Acabad, que tengo afán

Por saber lo que pasó.

— Pues no pasó nada mas.

Y creo que Barrabás

Al buen inglés se llevó.

— Os engañais, viento en popa

Cruzó el mar... — ¡Jesus! — Y luego

Sano, salvo y con sosiego

Llegó el buen inglés á Europa.

La mujer yo la quería;

¿Sabeis maese? — ¡Por Dios!

Tal dijeron, mas de vos

Nunca oi cosa, ¡á fé mia!...

— *El inglés era oficial
Comandante de un bajel;
Mi esposa le amaba á él,
Y yo á ella por mi mal.*

*Robómela, y de baldon
Me cubrió la frente erguida...
¡Aun brota sangre la herida
Que llevo en el corazón!*

*¡La ingrata!... Mas le busqué;
Buscándole voy do quiera,
Y aunque el polo le escondiera
Yo os juro que le hallaré.*

— *¡Bah! No le deis tanto precio:
La mujer piensa tan poco,
Que el que la quiere es un loco,
Y el que la desprecia un necio.*

— *Teneis razon, ¡voto al Diablo!
Mas ¿qué quereis?... Necesito
Tener ese inglés maldito
Frente á frente, ¡por San Pablo!*

*Lo que es ella... — Eran dos soles
Sus ojos. — Pues si algun dia
La encuentro, ¡por vida mia!
¡La cuelgo de los penoles!*

— *¡Qué horror! — Sentenciada está;
Y ya sabeis que soy hombre
A quien nada hay que le asombre.
Si la encuentro morirá.*

*Mas basta de esos asuntos,
Y bebamos; que tal vez
Es la última ¡pardiez!
Que brindamos aquí juntos.*

— *¡Eh! ¿No volveis? — ¡Qué sé yó!...*
— *¿Vais al Africa? — Sin duda,
Si Dios y el viento me ayuda.*

—Buen viage hareis.— Quizás no.

—¡Bah! Pues si dice la gente
Que un barco teneis que flota
Lo mismo que una gabiota
Sobre la mar...— Y no miente.

—Pues entónces desechad
El temor.— Nunca he temido
Los ingleses, ni el bramido
De horrorosa tempestad.

Tal fué poco mas ó menos
Aunque no al pié de la letra
Lo que hablaron nuestros hombres
Entre el tumulto y la gresca,
Y el vapor de la cerveza.
Siguió la noche su curso,
Tendió su manto de estrellas,
Sopló el terral mansamente
Y henchidas con él sus velas,
Dejó el SIN RIVAL las aguas
Que las fértiles riberas
Majestuosamente ciñen
De la portentosa América.

III.

Era una tarde apacible
Del otoño encantador;
Del mar el seno invisible
Dormitaba bonancible

Bajo el dedo del Señor.

*Inmoble, pero altanero,
Mecido en la blanca zona,
Vese el SIN RIVAL ligero,
Sobre el rudo mastelero
Pegada la blanca lona.*

*Dijérase al verle vano
Tan bien sobre el mar dormido,
Ser algún pájaro ufano
Que en medio del Oceano
Vino á fabricar su nido.*

*Tibio el sol en Occidente
Recorre los horizontes;
Mientras que allá en el Oriente
Se elevan de un continente
Los apeñuscados montes.*

*¡El Africa! Fértil playa
Donde el mar rueda tranquilo
En tornasolada raya.
El Atlas es su atalaya,
Sus arroyuelos el Nilo.*

*Pliega en vano la tormenta
Sus tostados arenales,
Donde con faz opulenta
Tres pirámides ostenta
Por soberbias catedrales.*

*De sus desiertas llanuras
La vasta estension aterra;
Y entre sus selvas oscuras
Pintadas se ven las duras
Garras del tigre en la tierra.*

*Un valle aquí pintoresco,
Mas allá un aduar beduino.
Y un oasis donde al fresco
Canta un romance arabesco*

*El musulman peregrino.
Carabanas orientales
La surten de ricas telas;
Y los desiertos umbrales
Cruzan de sus arenales
Las bellísimas gacelas.*

*¡El Africa! Si; allí está
Bordando el tibio horizonte,
Donde apenas luce ya
La luz del astro que va
Muriendo de monte en monte.*

*Y al tiempo en que se sepultan
Los rayos del disco ardiente,
Nubes espesas le insultan
Que se encaraman y ocultan
Todo el cielo en Occidente.*

*Negro pabellon tendido
Que al cielo su faz presenta
Como un fantasma atrevido;
Nuncio funeral mecido
En alas de la tormenta.*

*Crece, se estiende y al cielo
Envuelve en su manto ufano;
Y adivinando su duelo
Gime en doloroso anhelo
Tristemente el Oceano.*

IV.

*Era el amanecer. Triste la aurora
Su amarillenta lumbre destacaba
Sobre la faz de un mar enfurecido
Al impulso feroz de la borrasca.*

*Del bergantin las encorvadas vergas
Del viento apenas el poder aguantan,
Y en los torrentes de rabiosa espuma
Que en torno giran, sus penoles bañan.
Un cielo espeso, ennegrecido y torvo
Su oscuro manto por instantes rasga,
Y el livido fulgor de la centella
Súbito cruza en angulosa raya
Desgájanse las nubes tormentosas
Que el torbellino rebramando arrastra
En incesante lluvia, cual vertiente
Do se despeña ronca catarata.
Ruje el austro... ¡no importa! debil leño,
Jugete de las ondas que le amagan
Entre los montes que enredor revientan
El bergantin alijero se lanza,
Y si un momento la cerviz oculta
En sacudirla con ardor no tarda,
Como el corcel que en hervorosa espuma
Inunda el freno que rabioso tasca;
Creciendo al par de la borrasca horrisona
Con nuevas creces y poder su audacia,
Y aferrando las velas corre el tiempo
A la merced del huracan que brama.
Era un dia sin sol; rastreras nubes
Sus negras tintas á las olas daban
Descolgando en el mar pálidos flecos
Que el viento en remolinos disipaba.
Vino la noche lóbrega, mas luego
Como un saro celeste, en una clara
Apareció la luna en el Oriente
Rasgando con su luz las nubes pardas.
Al paso que su disco esplendoroso
Al elevado zénit avanzaba.
Del Bóreas el furor se iba perdiendo;*

Y cuando el sol fulgente en la mañana
Sobre el nítido seno de Anfitrite
La frente alzó de perlas coronada,
El manso aliento de la fresca brisa
Del bergantín los puentes oreaba,
Y en leves copos la rizada espuma
Rompió sus crestas sobre el mar en calma.

Sereno el capitán, pero sombrío
Con fosca vista el horizonte abarca,
Cuando una voz del tope desprendida
«¡Vela! ¡una vela!» — repitiendo esclama.
«¿Por dónde?» — altivo el capitán pregunta,
«Por nuestra aleta. — Enhorabuena: vayan
Los rizos alargar en un momento,
Y hasta las nubes relingar las gabias.»
Tal se espresó nuestro marino, y luego
Del otro buque al descubrir la traza
«¡Por Santiago! es inglés», — airado dijo,
El inglés ¡Voto á Dios! ¡que yo buscaba!
Conozco ese bajel há mucho tiempo
Y aunque entre mil bajeles se ocultara
Por el corte no más de su aparejo
Le conociera á millas de distancia.
¡Te acercas, incensato! me persigues
Quizás creyendo que á escaparme vaya...
Pero no temas que cobarde esquivé
El placer de mi bárbara venganza.
— «¡Silencio á bordo! cada cual ocupe
(Dijo con voz atronadora y clara)
Su puesto de combate; y en el pico (1)
Flote sangriento el pabellón de España.
Destrínca mi terrible artillería,
Cargádmela, valientes, con metralla,

(1) Véanse las notas al fin.

*Y cuando á tiro se halle de pistola
El hijo de S. Jorge que nos caza,
Batidlo á quema-ropa y que no queden
Reliquias de su casco sobre el agua,
Miradlo como larga su bandera...
¡A prisa mis negreros! que hoy se sacia
Nuestra codicia, pues os dejo toda
La parte de botín que me tocara.
Y mientras tanto el enemigo buque
Rápidamente al otro se acercaba
Las bocas de los fúnebres cañones
En las estrechas portas asomadas.
De súbito cruzó volando al éter
En viva lumbre fugitiva llama
Y el ronco son del inflamado bronce
Hueco retumba y hasta el cielo avanza.
Humo do quiera...confusion...tumulto...
El áspero silbar de la metralla
Se une al crugido del espeso forro (2)
En astillas deshecho por las balas.
Los buques aferrados cual atletas
Que los brazos nervudos entrelazan,
Se oprimen de tal modo que parecen
Animados también por la venganza.—
Los masteleros crujen, y las vergas
En menudos pedazos se desgajan
Y la rígida lona en anchas tiras
Vuela del viento en las inquietas alas.
Pero una voz enérgica retumba:
— «Al abordaje!—el capitán esclama
¡Al abordaje, y que me sigan todos
Del insolente inglés sobre el alcázar!» —
Y como el tigre que sediento ruge
Cuando á la presa inofensiva asalta,
Con sus negreros el bajel inunda*

*Del enemigo que à su vez le amaga.—
Cuanto à su acero, nuncio de la muerte,
Se opone un punto, ante su acero acaba,
Y en la cubierta donde ardiente lucha
Palmo por palmo combatiendo avanza.—
Pero de pronto tumultuosos gritos
Por donde quiera con furor estallan
Fuego! al incendio! y en la popa asoman
En humo enveltas puntiagudas llamas,
Que destacando sus voraces lenguas
Por las torcidas resinosas jarcias
Hasta los topes rechinando suben
Rojizas torres de infernal semblanza.
A la luz espantosa del incendio
Allá en la popa, como dos fantasmas,
Se ven dos hombres que tremendos luchan
Sin tregua, sin piedad, sin esperanza;
Y cuando el casco del bajel ardiente
Reventó en un volcan, las formas vagas
De aquellos hombres un instante viéronse
Sepultándose luego entre las aguas.*

V.

*En un reducido lecho
De su cámara querida,
Muy próximo ya à la muerte
Está el capitan que un dia
Fué azote de los ingleses
Y orgullo de la marina.
Con preciado cargamento
Llegó à Cuba, cuando esquivada
Tornó la faz su fortuna*

*Y le asaltó repentina
Tal dolencia que al escape
Siente se le va la vida.—
Próximo á espirar, un punto
Volvió la turbada vista
Y halló con sorpresa suma
A su esposa de rodillas
En llanto la faz bañada
Pálida, seca y hundida.—
Rechazarla quiso entónces,
Mas ella tierna y sumisa
Entre sollozos intensos
Tal pronunció arrepentida.*

*— « Conozco que te ofendí!
Sangre demandó tu afrenta;
Mas mirame macilenta
Llorar mis culpas aquí! »
« Una insensata pasión
Su hiel derramó en el alma,
Y robándome la calma
Me destrozó el corazón! »
« Impura, tu amor vendí;
Adúltera, te engañaba,
Y yo misma no encontraba
Razon para hacerlo así. »
« Te vengaste, bien lo sé;
Me arrepentí...ya era tarde...
Nada hay que en el mundo aguarde
Y en un convento entraré »—
« Pero antes...¡por compasión!
Olvidando mis agravios
Oiga una vez de tus labios,*

Una vez sola, ¡perdon!...»
«Perdon! perdon para mí,
Tu piedad tan solo anhelo...
Te lo pido por el cielo,
Compadécete de mí!
La faz del hombre surcó
Solo una lágrima helada:
Dijo con voz apagada
—«¡Te perdono!»— Y espiró.

LA NOCHE EN CALMA.

Canta il nocehier su la spalmata nave
E men grave gli par l'alta fatica,....
(Sempronio.)

*Tersa la faz y tranquila
Del mar do la luna riela,
Plegada la blanca vela
Sobre el mástil del bajel,
Tiende su vista el marino
Sobre el piélago inconstante,
Pérfido como una amante,
Como su cariño infiel.*

*Mirale y le vé dormido,
Grande siempre hasta en su sueño,
Imponente como el dueño
Que encadena su furor:
Blandamente en lontananza
Tiende sus móviles tules,
Velos diáfanos y azules
Ondulantes en redor.*

*Sobre su faz cristalina
Que la de un lago asemeja,
Tibia la lumbre resleja*

*Del misterioso fanal
Que en la bóveda prendido
Del firmamento estrellado
Parece un sol enclavado
Sobre algun trono imperial.*

*No hay una nube en los cielos
Donde lucen caprichosas
Tendidas entrambas osas,
Y al Oriente Aldebaran;
Ni un suspiro hay en las auras
Que dolientes y abatidas
En los palacios dormidas
De las náyades están.*

*Solo en derredor se escucha
Del mar el constante arrullo,
Perenne y suave murmullo
Con que respira al dormir;
Y el quejido acompasado
Como triste cantilena
De la suspendida entena
Los cables al sacudir.*

*Alguna vez sobre el tibio
Elemento en cerco alado
Salta un pececillo osado
Buscando la claridad;
Mas súbito á las regiones
Vuelve del seno en que nace
Donde su sed satisface
Por la helada inmensidad.*

*Los astros, el mar, los cielos,
Todo en amorosa calma
Brinda mansamente al alma
Religiosa inspiracion.
Mientras lanza el marinero
Con sus peligros ufano*

Vayan bajeles pujantes
Los diamantes
De otros mundos á buscar;
Y henchidas las altas velas
Ricas telas
Traigan de uno y otro mar.
Que yo sin peligro tanto
Mi quebranto
Cifro solamente en ti;
Sin envidiar ni quererla
Turbia perla
Ni fulgurante rubí.
Boga, boga mi barquilla
Que en la orilla
Blando lecho encontrarás;
Boga que el viento refresca
Y es la pesca
La mejor que hice jamás.

Así cantando en la noche
Mientras hace centinela,
Pasa la insólita vela
El marino en su bajel;
Sin pensar en que ese lago
Que el céfiro blando orea,
Mañana rugiendo sea
Un sepulcro para él.



LA CONDOR.

EPISODIO MARÍTIMO

DEDICADO Á MI APRECIABLE AMIGO EL TENIENTE DE NAVIO

DON JOAQUIN JOSÉ NAVARRO.

*Hará cosa de treinta años
Con muy corta diferencia
Que ambos mares infestaba,
Segun las historias cuentan,
Entre otros muchos, un buque
Pirata, de fama inmensa.
Solo el eco de su nombre
Aterraba las riberas
Que baña el mar desde Bóston
A la ardiente Venezuela,
Y al atravesar el golfo
De las Damas, ó á la vuelta
De Occidente el tormentoso
Que han llamado de las Yeguas,
No habia barco grande ó chico
Urea, lugre ó carabela*

Que no llevase oportuno
Un tope (3) en cada cruceta,
La vista en el horizonte
Por temor ó por prudencia.
Y la CONDOR mientras tanto,
(Que así la crónica reza
Denominaba el pirata
A su famosa goleta)
Siempre activa, siempre ufana,
Temible cuanto ligera,
Cruzaba mares y mares
Sin otro plan ni cautela
Que correr el viento en popa
O perseguir una presa
Rica en perlas de Golconda,
De orientales frutos llena.

Veinte veces en sus aguas
Vió la atrevida goleta
Las dentadas baterías
De una fragata de guerra
Cazándola á todo trapo
Sobres, alas y rastreras.
Pero en vano, porque al verse
Con vecino de tal cuenta,
La CONDOR como una anguila
Se deslizaba ligera
Sin dejar sobre las olas
Que barren su blanca estela (4)
Señal alguna que indique
De su dirección la huella.
Mas si al astuto enemigo
Que intentaba sorprenderla
No mostraba en sus costados,
Escesiva fortaleza,
Entonces el buen pirata

Obraba de otra manera.
Desde luego por abante
Viraba (5), de la otra vuelta,
En busca de su enemigo
Navegaba á toda vela
Brindando él mismo al combate
Bandera contra bandera.
Por lo regular vencia
Como vence el que pelea
Sabiendo que si es vencido
Le casan in facie ecclesiæ
Con una de dos matronas,
O la horca ó la galera.
Pero lo mas admirable,
Lo que quizas te sorprenda,
O lector, es que el pirata
De quien tantas cosas cuentan,
Jamás en sangre sus manos
De los vencidos tiñera,
Contentándose apacible
Con apropiarse su hacienda
Y dejarles unas vidas
Que como mala moneda
No aumentan en un ochavo
Del capitán las talegas.
Jamás se apuró por nada
Nuestro buen hombre; risueña
Siempre su faz y tranquila,
Hora espantosa rugiera
La borrasca en cruda noche,
Ó súbito entre la niebla
Un majestuoso navío
Sus dos fajas (6) descubriera,
Siempre un chiste, una palabra
Festiva mas que soberbia

*Desterraba de su bordo
El rencor y la tristeza:
Dándole nuevo prestigio
Entre aquellos que le cercan
Su buen humor invariable,
Su valor á toda prueba.*

*Un dia vió la CONDOR
Con sorpresa de su gente
Una fragata imponente
Por su banda de estribor. .
Del mar en la blanca espuma
Como un pájaro asentada
Arrullábase velada
Por el manto de la bruma.
Y no fué culpa ó descuido
Tal vecino antes no ver,
Que en la mar es un deber
Vivir siempre prevenido.
Sino que tanto las nieblas
Doblaron su denso velo,
Que aguas, horizonte y cielo
Sepultaron en tinieblas.
Todos al ver la fragata
Fruncieron torvos el ceño,
Menos el siempre risueño
Siempre impasible pirata.
Miróla bien, y despues
Con la misma sangre fria
Dijo:—Por Dios juraria
Que ese amiguito es ingles.
Ya larga su pabellon...
¡Bien venido el Leopardo!*

Vaya, largad sin retardo
Las insignias de la Union.

Para nosotros, iguales
Son todos los pabellones,
Que de todas las naciones
Tengo yo las armas reales.

Y si ayer con un turbante
Ceñí mi frente en Argel,
Hoy asciendo de un bajel
De América á comandante.»

Tal dijo y en un momento
Transformado en oficial
Listo, risueño y marcial
Se embarcó por sotavento.

Y á la fragata maldita
Lanzó su barca ligera,
Larga á popa la bandera
Que el viento inconstante agita.

Y mientras tanto los dos
Buques en facha bracearon,

Y al costado se aguantaron
El uno del otro en pos.

¡Por Dios! le dijo el capitán pirata
Al comandante del bajel inglés,

Que por poquito entre la niebla oscura
Nos escurrimos sin podernos ver.

Y á fé, lo hubiera deplorado mucho,

Que si abundantes viveres teneis

No será malo que me deis algunos,

Pues ni galleta tengo en mi bajel.

Tres meses hace que salí de puerto

Y el mismo tiempo, si recuerdo bien,

Que ni à mis gabias he tomado un rizo,
Ni en playa alguna el áncora largué.
Buscando voy á la CONDOR, pirata
De alto renombre, como ya sabreis,
Y hasta encontrarla donde quier se oculte,
He prometido á Bóston no volver.
¿Por ventura, noticias valederas
De tal pirata recojido habeis?
—En vano he preguntado á cuatro buques
Que á la voz he tenido antes de ayer,
Pues por cazar ese infernal pirata
Alguna cosa diera yo tambien.
Mucho en Sumatra, de donde ahora vengo,
Me ponderaron la pericia de él.
Diciéndome no hay barco que le siga
Ni que pueda aguantarse á su través.
Pero yo os juro que si un solo instante
Desde mis topes lo llegase á ver,
Para escapar de mi velóz fragata
No le sirvieran sus nombrados pies.
—¿De veras, comandante?— Os lo aseguro;
—Si tal firmeza en vuestro andar teneis...
—Pintada tengo á la CONDOR maldita
Y por cierto que al veros sospeché,
Comparando mi copia y vuestro barco,
Con la CONDOR tenérmelas que haber.
¡Y por San Jorge! Si tardais un punto
En arbolar el pabellon, despues
Sobre voz con alcázar y castillo
El fuego rompo súbito á la vez.
—¡Já! ¡Já! Dijo el pirata, cuya risa
Sarcástica brotaba; ¿pues sabeis
Que eran buenos los viveres que entónces
Patriótico nos dávais á roer?
Por fortuna al momenio he conocido

*Vuestra fragata; con que así, ya veis
Que es justo me surtais de buen tocino
Por las balas que en cambio os ahorré.*

*Pocos momentos despues
Viento en popa navegando,
Se iba el pirata alejando
Del bueno y crédulo inglés.
Y mientras este la vuelta
Del cabo Lezard andaba,
La goleta continuaba
Sus robos á rienda suelta.*

*En una noche estrellada,
Limpida, pura y serena,
Noches como esas que solo
Sobre los mares se encuentran
De soledad y de calma,
De expansion y de tristeza;
Noche, en fin, en que adormidas
Las auras y el mar con ellas,
Vaga la mente, se esparce
Por el infinito, y rueda
Sobre la faz tachonada
De las celestes esferas
Adivinando escondida
Tras de sus túrgidas telas
Una deidad soberana
Que las rige y las ordena;
Sola, triste y misteriosa
Hallábase la goleta*

CONDOR anclada á muy corta
distancia de la ribera.

Negros peñascos que en torno

Su faz carcomida elevan

Tornando una exigua rada

Cuya boca misma cierran,

Le prestan seguro asilo

Y vigorosa defensa

Ya de un bajel adversario,

Ya de furiosa tormenta.

Todo era silencio á bordo,

Alzándose en líneas rectas

Airosos, limpios, erguidos

Como dos agudas flechas,

Los palos donde reposan

A distancias paralelas

Graciosamente guindadas

En anchas cruces las vergas.

Sobre la faz blanquecina

De las aguas, donde riela

Triste la luz de la luna

Tibia al par que amarillenta,

Destacábase tendido

Con airosa gentileza

Como un casco en miniatura,

El casco de la goleta,

De inimitables perfles,

De incomparable limpieza.

Prora aguda y bien lanzada,

Larga eslora (8) manga (9) estrecha,

Sin arrufo (10) que lo encurve

Ni quebranto (11) que lo tuerza;

Buen calado (12), fuerte amena,

Popa elíptica y esbelta

Y un águila victoriosa

Grabada con oro en ella;
Buena chaza (13), claras portas
Por donde asoman las negras
Bocas del torneado bronce
Con silenciosa fiereza;
Tal de la CONDOR el casco
Pintado un artista hubiera,
Y aun distante se quedara
Del original la muestra.

Mas hé aqui que de improviso
Con voz penetrante y hueca
¡Al Arma! gritó azorado
Vigilante el centinela;—
¡Al arma todos! ¡Al arma!
¡Todo el mundo á la cubierta!—

Lo que causaba el tumulto
De la CONDOR, á deshora,
No era un agua descubierta (14)
Ni una rebelion, ni cosa
Parecida á las que suelen
Poner á bordo en zozobra.
Sino la súbita y grave
Aparicion en la boca
De la rada, estrecha y triste,
De una fragata que ansiosa
Luchaba contra la calma,
Por sus botes se remolca
Para forzar el torcido
Canal que las peñas bordan,
Y alcanzar el fondeadero
Donde la CONDOR reposa.
Y avanzando lentamente

Cazadas (15) sus velas todas
Por aprovechar el hálito
Con que el ambiente las roza;
Como un erquido fantasma
De faz amenazadora
Cruzó del estrecho puerto
La superficie recóndita,
Y sondeando del pirata
A una distancia muy corta
Le presentó del costado
La blanca endentada zona.
Sus velas cargó en silencio
Aferrándolas con toda
La exactitud que en los buques
Militares se vé sola,
Y poco despues abordo
De la CONDOR su canoa
Despachó con seis remeros
Portadores de esta nota:
— «Al cabo, señor pirata
Descubrí vuestra tramoya,
Que el que mal anda mal muere
A la larga ó á la corta,
Recordareis que unos viveres
Os presté, y como hasta ahora
No me los habeis pagado
Y recobrarlos me importa,
Vengo la cuenta á pedir
Con intereses y costas.
Con que os rendís al momento
A discrecion, ó las bocas
De mis cañones os hablan
Con voz mas breve y sonora.—
Leyó el papel el pirata
Con su inalterable sorna.

Y estampó al pié de la firma
Esta respuesta lacónica:
— «La CONDOR paga sus deudas,
Pero rendirse ¡ni en broma!» —
Y despachando el mensaje
Llamó su equipaje (16) á popa,
Y en voz grave y decisiva
De tal suerte les perora:—
«Ya estais viendo, mis valientes,
Que el inglés no nos perdona
La galleta y el tocino
Que nos prestó: ¡Sea en buen hora!
Yo no rindo mi goleta;
Y antes con ella y mi honra
Volaré, que no el gaznate
Dar estúpido á la horca.
El que quiera que se vaya:
Salida hay entre las rocas
De vosotros conocida,
Y embarcaciones de sobra;
Recoged cuanto de precio
Haya, ó valor, que eso os toca
De derecho; yo no quiero
Mas que una mecha y la pólvora,
Para dar á ese tunante
Una leccion que le ponga
De manifesto quien era
Esa CONDOR cuya sombra
Temblar hizo á los ingleses
Y á sus naves orgullosas.»
Calló el marino: su gente
Mirándose con faz torva
Estuvo un punto indecisa,
Y luego, así como en todas
las circunstancias sup remas

*Ha sucedido, cual opta
Por la fuga, y cual espera
Con resolución heroica
Una muerte sin ejemplo,
Segura, pero gloriosa.*

*Rompió el fuego el inglés con rabia fero
Y al inflamarse el bronce atronador
Viose tendida funeral bandera
En el pico flotar de la CONDOR.*

*De luto al par que de altivez enseña,
Clavada al mástil para siempre está;
Como un insulto á la soberbia isleña
Que hasta los muros de Wensminster va.*

*Ardiente el bronce sin cesar estalla
Sobre el pirata con tonante ardor
Y al impetu veloz de la metralla
Los mástiles se tronchan cen fragor.—*

*Y sufriendo balazo tras balazo
La misera goleta por do quier,
No dispara ni un solo cañonazo
Que atestigue siquiera su poder.*

*—• Y es esa la CONDOR cuya bandera
Llenaba el Oceano de terror?
Dijo el inglés irguiendo la altanera
Tostada frente con marcial vigor.—*

*• Que cese el fuego y en tropel salvaje
• Las chalupas indómitos llenad:
• Tomadme esa goleta al abordaje
• Destrozándola toda sin piedad.—*

*• Vencer es mi costumbre cuando ataco
Tesoros os prometo si venceis;
Volad y entradla con furor á saco*

«Sin que una vida sola perdoneis.»

Tal dijo el comandante, y de reata,
La turba á los bajeles se lanzó
Y al destrozado casco del pirata
Con hondos hurras infernal trepó.

Mas al sentar la planta en la cubierta
Donde esperaban con ardor luchar,
Solitaria la hallaron y desierta;
Triste sepulcro que arrullaba el mar.

Feroces se miraban, cuando avieza
Por un rolo mamparo apareció
Del pirata la livida cabeza
Que la luz de la luna iluminó.—

—«Hola! les dijo con talante fiero,
«Celebro que me hagais tan alto honor;
«Venid á ver como impasible muero
«Volando por mi mano á la CONDOR.»—

Aun en alas del eco resonando
Iba la voz del torvo capitan,
Y en piélago de llamas estallando
Reventó la goleta en un volcan.

El mar en calma, enrojecidas olas
Al choque estremecido levantó
Belando el humo denso las corolas
Que la ferviente espuma amontonó.

Y al asomar el sol en el oriente
Quedaba de aquel duelo singular
La fragata fondeada solamente
Y esparcidos fragmentos sobre el mar.

TRAFALGAR.

«Inglés te aborrecí, héroe te admiré...»
(QUINTANA.)

AL SR. D. FRANCISCO CHACON Y ORTA,

CAPITAN DE NAVIO DE LA ARMADA.

*Nelson y Trafalgar!... funebres nombres
Que repiten las ondas todavía
Con triste cantilena
Rompiéndose en la arena
De la feraz y ardiente Andalucía.—
Trafalgar! Trafalgar!... ¿Donde las naves
Están que poderosas
Tus agitados montes oprimieron,
Y en tu movible espuma
Con gentileza suma
Las órdenes marciales estendieron?
¿Do está, do está la omnipotente armada,
Conjunto de bajeles que lanzaron
En su fecundo afán tres arsenales
A las revueltas olas,*

*Magníficos y ardientes pedestales
De las temidas armas españolas?
¡En donde están; en donde?...
La mano del destino
La existencia marcó de esos bajeles:
Mecida en la tormenta
Rápida, inexorable
La muerte presentó su faz rugosa,
Y en las aguas del inclito Oceano
Tinto en sangre del noble castellano,
Se dió tremenda pero augusta fosa!
¡Sangriento al par que memorable día!
No fué la cobardía.
No el misero temor, oh! noble España,
Lo que robó á tu suelo altos varones;
Ejemplo á las naciones
De acendrado valor y al mundo dieron
Luchando, hasta morir, como leones,
Sin humiliar altivos los pendones
A cuya sombra augusta perecieron,
Mas ay! quien puede la fortuna instable
Ni un punto detener! En vano Alsedo
Indómito se lanza: y de Churruca
La simpática voz mueve y anima
Su gente á combatir; si temerarios
Les cercan sus temibles adversarios,
En poco les estima,
Y encerrado en un círculo de fuego
Que lanza en torno devorante llama
Tremola hasta morir el orislama
De Castitla y Leon, en ira ciego.
Cinco naves la baten, vomitando
La muerte sin cesar; mas nada alcanza
De aquel marino insigne y generoso
A domeñar un punto la pujanza.*

*Murió por fin, mas de laurel glorioso
La ninfa del valor ciñó su frente,
Y el mismo inglés ante su faz de hinojos
Saludó con respeto sus despojos,
Despojos inmortales de un valiente.*

*Bien el torvo Valdés á quien proclama
Sublime en San Vicente
La trompa de la fama,
Sus altos hechos y su nombre abona
Tambien en Trafalgar: rápido vuela
Donde el honor y su deber le llaman,
Y al general indigno que abandona,
Trémulo de furor contesta luego
Cuando le ordena que su rumba siga:
—“Seguidle si quereis; á mi me obliga
Señal mas noble y superior— ¡el fuego!”
Veloz al par que denodado gira
Tendida al viento la volante lona.
Y á la enemiga hueste acometiendo
Con sus bronces aumenta el ronco estruendo
De la inflamada zona
Pardo, y espeso, y enlutando el dia
Aligero se eleva hasta lo sumo
En inmensas pirámides el humo
Que aborta la tonante artillería.
¿Pero cómo podria
Mi cítara cantar los altos hechos
De aquel infausto dia
Que entre sangrientos soles
Conservan los anales españoles?
Allí rudo se ostenta
Sobre la faz del inclito Galiano
El valor castellano,
Cuando á su gente dice
Con voz pujante y á la par severa:*

—“¡Cumplid vuestro deber, hijos de España.
Mirad que está clavada mi bandera!”
Los Alavas, los Flores,
Todos émulos son, y á su bravura
El Océano tiembla enrojecido
Como ronco leon enfurecido
Sobre el ardiente campo de batalla
Mortíferos torrentes de metralla
Súbito lanza el inmortal Gravina,
Los célebres momentos imitando
Que ilustraron á Grecia en Salamina.
¡Mas todo inútil fué!... ¡La faz velando
Con sínebre crespon, la diosa augusta
Del ancho Bétis, se alejó llorando!...
Nelson estaba allí! ¡Terrible sombra!
Pavor del Oceano
Que surca sin cesar en anchas quillas,
Su nombre esculpe con potente mano
Del Sund y de Abukir en las orillas.
Y á la vista del alto promontorio
Que Lusitania lanza el Occidente,
Con impetu terrible á su enemigo
Acomete exclamando
Palabras que resuenan en la historia:
—“¡EN WENSMINSTER MI TUMBA, Ó LA VICTORIA!”
¡Nelson!... A sus navios
Sigue do quier sumisa la fortuna;
La diosa de la guerra
Coronas teje para orlar su frente
Do reverbera ardiente
La gloria nacional de la Inglaterra,
Grande debiste ser, naval coloso,
Cuando á pesar del odio sin ejemplo
Que profesaste á la nacion hispana,
Tu memoria cantó sin amargura

La nacional y pura
Citara del dulcísimo Quintana:
¡Digno cantor del héroe esclarecido!
La muerte le alcanzó cuando luchando,
El imperio del mundo apetecido
Glorioso conquistaba,
Y de las manos casi lo arrancaba
De otro genio potente,
A cuya voz sumiso el continente
La envilecida frente doblegaba;
La muerte le alcanzó como á Galiano,
Como al noble Churruca,
Como el esperto y sin igual Gravina.
De luto y desconsuelo la marina
Cubierto en Trafalgar, quedóle al menos
El timbre del valor y la constancia,
Recordando en un punto
Los patrióticos pechos de Sagunto
Las inflamadas torres de Numancia.
Tristes las ondas en doliente arrullo
De Gades en las costas, todavía
Repiten: ¡TRAFALGAR! Y en el murmullo
Del aura embalsamada
Que refresca la ardiente Andalucía,
También el eco ¡TRAFALGAR! responde;
Y al envolver la luna amarillenta
Su faz en nebulosos vendabales,
De ¡TRAFALGAR! los ecos funerales
Arrastra rebramando la tormenta.

— 62 —

EL CAPITAN WOLF.

AL SR. D. FRANCISCO BRIONES, CAPITAN DE NAVIO,

TRADUCCION LIBRE DE EUGENIO SUÉ.

«Con pensamientos de angel
Con mezquindades de hombre.»
(ESPRONCEDA.)

I.

LA ORGÍA.

Anclada nuestra corbeta
Sobre las aguas tranquilas
Del puerto do se levanta
La renombrada MELITA,
Famosa por sus templarios
En otro tiempo, y hoy rica
De tradiciones gloriosas,
De naranjas y de rumas;
Corteses, cual de costumbre,
Una espléndida comida
Nos dieron los oficiales
Que dotaban la magnífica

Fragata inglesa COONWALLIS

A la sazón en bahía.

Como en tales ocasiones

Acontece, las bebidas

Hicieron copioso gasto

Derramándose á porfía

Los mas exquisitos néctares

Que han producido las viñas

De Lipari y de Madera

Del Rhin y de Andalucía.

Llenas sin cesar las copas,

Y las cabezas henchidas

Del licor estimulante

Cuyos vapores escitan

Ya misteriosos sarcasmos,

Ya desenfrenadas risas,

Acabóse por do acaban

Comunmente en la marina

Los refrescos y banquetes

Que el bello sexo no anima.

Rompiéronse las botellas,

Quebráronse las vajillas,

Siguió en CRESCENDO el tumulto,

Menudeáronse vivas,

Aclamaciones, y todo

De tal manera y tal guisa

Que al cabo tocó los puntos

De una estrepitosa orgía.

Entre otras muchas, tratóse

La cuestión siempre atractiva

Del amor, deidad suprema

Que aunque vieja siempre es niña;

Y cada cual, por supuesto,

Con la cabeza aturdida

Torpe lengua, y voz tonante,

Combate, niega ó confirma
La opinion que otro cofrade
Sento por obvia y sencilla.
Y mientras en el tumulto
Descuellan sonoras risas,
Apóstrofes, indirectas,
Y amistosas invectivas,
Mi vecino de la izquierda
Que llevaba ya sorbidas
Sendas copas de Champagne
Y no menos Malvasia,
Me dijo con un acento
Dulce como su sonrisa,
La copa haciendo pedazos
Con una calma inaudita:
— « ¡ Por cierto son bien estúpidos
Los que tal cuestion agitan,
Discutiendo de colores
Cuando carecen de vista!
¿ Quereis venir á pasaros
Un momento á la toldilla? »
— « Con mucho gusto, gozoso
Le respondí, que á fé mia
Tenemos aquí una almósfera
Para morir por asfixia. »
Y abandonando la cámara
Nos lanzamos en seguida
Sobre cubierta, aspirando
De la tarde el aura tibia.
Mi nuevo amigo era un hombre
De franca fisonomia,
Ingés, rubio, talla esbelta,
Frente serena y altiva,
De edad treinta primaveras,
Y voz tan dulce y meliflua

Que sin querer inspiraba
Vencedora simpatía.
Miróme un punto, y tendiéndome
Su mano afilada y fina.
—“No sé me dijo, la causa
Que me impele y precipita,
Mas es fuerza que una historia
Os relate; historia mía
Que nadie en el mundo sabe,
Que en mi corazón escrita
Con letras está de fuego
Y por la que acaso exija
Para guardar mi secreto
Jugueis conmigo la vida.”
—¡Cáspita! dije yo entonces
La ocurrencia es peregrina:
Dejémoslo si os parece
Para mañana; hoy escitan
Vuestra mente los licores,
Y quizás cuando tranquila
Vuestras ideas...—Entonces,
Me interrumpió, no os diría
Lo que Dios ó el mismo infierno
A contaros hoy me obliga;
¡Y ello es fuerza que os lo cuente!
Y tal candidez había
De Wolf (que este era su nombre)
En la voz y en la sonrisa,
Tal atracción en sus ojos
Y hasta en su rareza misma,
Que me preparé á escucharle
Casi, casi con delicia,
Mientras sin un leve soplo
De las auras adormidas
Banderas y gallardetes

*A lo largo de las drizas
Colgaban como las flores
Cuando sus tallos inclinan.*

II.

INÉS.

*Dos años hace yá: mandaba entonces
Una goleta yó, con el encargo
De convoyar los buques del comercio,
Y en casos imprevistos auxiliares
Para lo cual los almirantes lores
Mi estacion permanente señalaron
En el PORTO-VENERE, entre los golfos
De Génova y de Spezzia colocado,
Ceñidos de arrecifes en su boca
Mas de seguro y protector amparo.
Triste la poblacion era á lo sumo,
Mas habitaba en ella por mi infausto
Destino, una muger á cuyo nombre
Aun late el corazon... ¡recuerdo amargo!
Llamábase ella Inés, y única hija
Era del capitan á cuyo mando
Subordinada estaba la marina;
Razon por que muy pronto nos hallamos
Con amistosos vínculos unidos
Preludios de otros vínculos mas gratos.
Inés no era italiana; en las ardientes
Zonas que ciñe el trópico abrasado
Vió la luz al nacer, sobre las costas
De la América austral; sus ojos garzos*

Destellaban la luz de las pasiones
Que bajo el pecho cándido y nevado
Como en el seno ardiente del Vesubio
Germinaban sus sienes abrasando.
Tersa la frente, rosa en las mejillas,
Blanco marfil entre los rojos labios
Y en magníficas ondas el cabello
Sobre un cuello de cisne destrenzado,
Su rostro inolvidable parecía
Sobre el rostro de un ángel modelado.
Yo la amé con furor; la amé cual solo
Por una vez en nuestra vida amamos,
Viviendo en el objeto que se adora
Su aliento á todas horas respirando:
Una tarde que oraba fervorosa
Como otras muchas veces á mi lado,
—«Orad por mí, le dije tiernamente,
Mientras yo oro por vos;»—y ella su mano
Tendiéndome amistosa, ¡y bien! me dijo,
¿Qué teneis que pedir?—¡Oh cielo santo!
Dije yo entonces con fervor sin límites,
Haced que me ame Inés como yo la amo!
—«Señor, dijo ella entonces, hácia el cielo
Sus encendidos ojos levantando;
No permitais que me ame el que yo adoro
Ya que para mi mal le quiero tanto!»—
Calculad el placer que sus palabras
Deliciosas y puras me causarón.
Las horas desde entonces deliciosas
Para nosotros rápidas pasaron,
Yo muriendo de amor, y ella inocente
Mis púdicas palabras escuchando.
Llegó un dia por fin que cierto buque
Fué á visitar el afectuoso anciano,
Quedándose á su bordo en cuarentena

Por no haber desde luego declarado
El capitan que entre su gente habia
Señales sospechosas de contagio,
Ya podeis calcular cuanto al saberlo
Sentí mi corazon enagenado.
Iba á hallarme por fin con Inés solo,
Su rostro á ver por el pudor velado,
Y á probarle que aun era mi respeto
Mas grande que mi amor á sus encantos.
Radiante de placer iba yo á verla
Cuando á la vez mis topes señalaron
Un aviso á lo lejos, y preciso
Me fué esperar; mis botes esquipados
Mandé al punto á su bordo, que volvieron
Trayendo presurosos un despacho
Que me ordenaba abandonar el puerto
Al romper el crepúsculo inmediato,
Para evitar de fuerzas enemigas
Que se acercaban, verme bloqueado.
—«¡Bien! exclamé; tenemos una noche,
Una noche no mas, y es necesario,
Que sea mi esposa Inés, y que me siga
Para nunca volver á separarnos.»
Tomé, pues, mis pistolas, y hácia tierra
Me dirigí frenético y osado:
Mas cual fué mi sorpresa cuando oyendo
Del almirante el infernal mandato,
Ligera Inés se abalanzó á mi cuello
Y lágrimas ¡ay!..., sin cuento derramando.
—Te vas! me dijo, al fin llegó la hora,
Llegó el instante tan temido: acaso
No volverás á recordar los dias
Que tan hermosos para mí pasaron!
¡Quizás, ¡ay cielo! hasta mi nombre olvides
Cuando yo el tuyo moriré adorando!

—«Jamás; le contesté; partir no puedo
Dejando aquí mi corazón; hagamos
Un esfuerzo supremo; en esta noche
Cuando del cielo el tachonado manto
Se empiece á descorrer, un sacerdote
Benedicirá la union de nuestras manos
Y al despuntar el alba en mi goleta
Surcaremos la faz del Oceano.
Tu padre nos dará su asentimiento:
Voy á verle ahora mismo, y cuando osados
Los franceses me cierren la salida
Me alentará tu amor á derrotarlos.»—
—«¡Morir contigo es bendecir la muerte!»—
Me contestó la pobre sollozando!...
¿No es cierto que era yo bien venturoso?...
Con indecible afan llegué volando
A la goleta y lo dispuse todo
Para salir en el momento dado.
Era el anochecer... en mi impaciencia
Tomé un pequeño esquife, y arbolando
Yo mismo la flexible y blanca lona
Sin marinero alguno, solo, ufano
Con mi dicha futura, dirigime
A un punto de la costa resguardado
Donde daba el jardín en que mi bella
Me aguardaba de amores suspirando.—
Cerca ya de un escollo en que las olas
Se destrenzaban con murmullo vago
Sentí la voz de un hombre que venia
Hacia mi esquife rápido nadando.
—«¡Esperad! esperad!»—con ronco acento
Repitió el infeliz, mientras al paio (17)
Me puse y esperé, llegando á poco
El diestro nadador á mi costado.
—Sois oficial, me dijo de ese buque

De guerra inglés? — Sin duda yo lo mando. —

— Pues entonces tomad, — y de su cuello

Desprendiendo un estuche, entre mis manos

Un oficio me hallé del almirante

De este modo inflexible redactado:

— « Quizás en breves horas los franceses

« Van el puerto á cerrar, por lo que aguardo

« Que sin perder momento deis la vela

« Cortando vuestros cables sin levarlos (18)

« Para evitar sospeche el enemigo.

« Si ya estuviese en derredor cruzando

« Mi patron os envio, con la orden

« De penetrar en ese puerto á nado.

Pensad como quedé cuando me impuse

De aquel maldito aterrador mandato!

No cumplirlo al instante era imposible,

Y abandonar á Inés!, , oh! ni pensarlo!

Inés que me esperaba, hermosa, ardiente,

Desconocidos goces ocultando!...

Imposible! imposible! ¿pero como

Retroceder tambien? testigo infausto

De mi conducta el triste marinero

Portador del papel, estaba al lado

Como un juez impasible y tremebundo

Que fuese á dar su inexorable fallo.

— « Pues vamos á partir, démonos prisa

Me dijo el buen patron; ya he divisado

Al venir, cuatro velas, con que solo

Pueden ya nuestros pies servirnos de algo. » —

Yo no sé qué terribles pensamientos

En confuso turbion siniestro y vago

Por mi encendida frente cual fantasmas

Enrojecidas á la vez cruzaron!... —

III.

CONTINUACION DEL CUENTO.

*Mi primer pensamiento
Fué no salir; en ello aventuraba
La existencia, es verdad; mas ¿qué la vida
Después de aquella noche me importaba?
Pero aquel hombre que con faz serena
Sumergido en las olas
Como un monstruo marino me miraba,
Cuyas miradas solas
Reflejando el valor y la inocencia,
Sin truco despertaban
La inexorable voz de mi conciencia;
Aquel hombre fatal me perseguía,
Y sin saberlo él mismo
Aborto en sus furios del abismo
Mis planes destruía.
Mientras por mi cabeza enloquecida
En tumultuosa confusión ardiente
Sinistros pensamientos se cruzaban;
Mi barca detenida
De la cercana costa se alejaba,
Siguiendo mansamente
El impulso veloz de la corriente
Que á un sitio de la rada se lanzaba,
Do en espiral tremenda,
Bullendo de continuo
Mortífera vorágine ensanchaba
Su péfido incesante remolino.*

*De súbito una voz seca y aguda
Cual la que exhala el pecho dolorido
Del que el último adios pronuncia al mundo,
Voz semejante á un lúgubre gemido,
Rasgó el silencio lóbrego y profundo
Penetrando crudísima en mi oído.
Volví mis turbios ojos,
Y en la fatal vorágine luchando
Hallé al patron, la vista enrojecida
De un modo singular en mi clavando.
La diestra mano blanca y aterida
Con espresion horrible me alargaba
Demandandome ayuda,
Mientras terrible y muda
La superficie hirviente lo tragaba.
¡Desdichado de mi! Salvarle pude,
Pero el genio del mal me detenía,
Con él tambien moria
Mi tremendo secreto, que una noche
De immaculado amor me prometia;
Y en impasible culma
Sucumbiendo á la fuerza del destino,
Le vi desaparecer los azorados
Ojos clavando en mi desencajados.
¡ASESINO! llamándome, ¡ASESINO!*

.....
*Despuntaba ya el día
Cuando me puse en vela; abandonando
Mi segura mansion, del enemigo
Las superiores fuerzas arrostrando;
Con propósito firme
De volar mi goleta
Primero que rendirme...
Poco tiempo despues con ronco acento
Resonaba en el viento*

*Mi inflamada y tonante artillería.
Un bergantín tan solo me batía
Ciñendo á barlovento,
Y aunque dándome caza á sotavento
También una fragata se veía.
Mi bandera orgullosa tremolaba
Y el combate sangriento continuaba.
Desmantelado al fin, abandonóme
Mi valiente contrario; mas constante
Sobre mis aguas la fragata altiva,
Virando y revirando por abante
Se acercaba furiosa y vengativa.
Rompí el fuego otra vez, mas tan certero,
Que á los pocos minutos no quedaba
A la corbeta un solo mastelero;
Y en alas de la suerte que halagaba
Mi porvenir con hecho tan brillante
Me uní en aquella noche al almirante.
Sois, me dijo, un valiente: la Inglaterra
Premiará vuestro arrojo y osadía.
Solo siento ¡á fé mia!
Que no hubiese llegado
En tiempo, mi patron á vuestro lado
¡El infeliz! Mi afán le dió la muerte:
Muerte terrible y cruda.
¡Un tiburón se lo comió sin duda!
Cumplióme el almirante su palabra;
Y apenas de la escuadra
Los despachos al Támesis llegaron,
Los lores satisfechos
Capitan de fragata me nombraron.*

IV.

*Aquí dió fin á su cuento
El buen Wolf, cuyo semblante
De una exaltacion sombría
Presentaba las señales.
Subieron luego los otros
Convidados, y al instante
Nos dirigimos á tierra
Cuyo rumor y fugaces
Peripecias, poco á poco
Hicieron que me olvidase
Del inglés y sus amores
Y de su maldito lance,
Sin embargo, quise verle
Por la noche, pero en valde
Pues no estaba entre los suyos;
Y no consiguiendo hallarle
Torci el paso y dirigime
Por la primer boca calle
A casa de mi Loreta,
Jóven esbelta y amable;
Mas espiritual que bella,
Mas que bella interesante.*

V.

MI AMIGO WOLF.

Apenas del nuevo día
La tornasolada aurora
Se levantaba radiante
Tiñendo en púrpura y rosa
El conjunto pintoresco
De Senglea y la Burmo!a,
Porto-Grande y la Floriana,
La Valetta y Città Nuova,
Llegó un billete á mis manos
De mi amigo el de la historia,
Punto mas ó punto menos
Con tal contenido y nota:
—« Como sois tan indulgente,
» Sé que dentro de una hora
» Estareis en el baluarte
» Que el Gran Palacio contorna:
» Tengo que hablaros, y espero
» No falteis, pues que me importa.
» Firmado.— Wol.—» Adelante,
Dije para mí; no es cosa
De que el buen ingles espere
Cuando tan cortés me exhorta.
Vestime, sali y halléle
Con su frente melancólica,
Su simpática mirada
Y su voz dulce y sonora.

Acercóse á mi, y tomando
De una manera afectuosa
Mi mano, cordial me dijo:
Perdomadme si una historia
Bien importuna por cierto
Os conté ayer... — Bah! donosa
Ocurrencia! interrumpiendole
Le respondí, ni una jota
Recuerdo ya del tal lance,
Y á propósito, me sobran
Motivos para inclinarme
A sospechar que la broma
Que me disteis fué engendrada
Por el Jerez.... — No; la cosa
Pasó del modo que os dije;
Y como no haya persona
En el mundo que la sepa
Sino vos, es ya forzosa
Necesidad que el secreto
Me devolvais... — Es diabólica
Vuestra idea, amigo mio!
¿Lo decis de veras? — Cosa
Decidida es ya; os lo dije
Ayer. — Por Dios y las bodas
De Canaam!.... ¿Con que al cabo
Hemos de volver las tornas
Y acabar á cuchilladas
Nuestra amistad? — Es mi honra
La que lo exige. — Corriente;
¿Nuestras armas? — La pistola. —
¿Condiciones? — Cinco pasos
Y una cargada. — La broma
Será así completa: acepto;
¿Cuándo? — Dentro de una hora,
Entre las ruinas del puerto

*Si así os place.—Por las rocas
Vaya y las ruinas, y el diablo
Que me lleve, si mas tonta
Sandez comelimos nunca
Que lo que hacemos ahora.—*

— ¡Perdonadme, amigo mio!

— ¿Será por eso mas corta

La amistad que os debo?— ¡Diantre!

¡De ningun modo!— Me honra

Vuestra nobleza. Es inútil

Que lleveis vuestras pistolas

Si en mí confiais; las mias...

¡Desde luego!— Sois la norma

De un apuesto caballero.

— Gracias mil por la lisonja.

VI.

DUELO.

— „Sois un necio quimerista

Lo repito, si señor;

No hay paciencia, no hay temor

Que vuestro genio resista.

— ¡Pero si me reta audaz!

¿Quereis que escuche impasible?...

— ¿Mister Wolf?... ¡es imposible!

Si ese hombre es la misma paz.

*Todos dicen que en cordura
No hay otro, ni en mansedumbre:
¡Vamos! como de costumbre
Habreis hecho una locura.*

—Pero ¡por vida de San!..

¡Si os juro que me buscó!

— Como el otro que murió

Por vuestra mano en Ceylan.

Y luego quereis decir

Que os insultan... ¡Sois fatal!

¡Qué lástima!... un oficial,

Tan jóven, de porvenir..

— ¡Ira de Dios, caballero!..

— Eso es, venid á buscarme

Tambien camorra, y probarme

Que no os da por pependenciero.

En tal debate conmigo

Estaba el segundo luego.

De mi buque, que á mi ruego

Me iba á servir de testigo.

Calléme, pues, como un muerto,

Despaché varios asuntos,

Y luego nos fuimos juntos

Hácia las ruinas del Puerto.

Cuando llegamos hallé

A Wolf con un oficial

Ingles; tendióme leal

Su mano que yo estreché.

Y ¡cosa estraña á se mia!

Cuando el jóven me miraba

Sin saberlo me inspiraba

Una ardiente simpatia.

Sin ódio, sin voluntad

Ibamos, pues, con certeza

A rompernos la cabeza
Solo por su terquedad.

Después de una suspensión
Nos preguntó mi segundo:

—¿No hay otro medio en el mundo
De arreglar vuestra cuestión?

—No, dijo Wolf. —¿Ignorais
Que en vuestro loco arrebató
Un horrible asesinato
Es lo que premeditais?

Lo sabemos. — Así, pues:
No hay que añadir cosa alguna?

—No, caballero, ninguna,
Volvió á decir el inglés.

Y dirigiéndose á mí
Siempre con su voz melosa

Me dijo — Tengo una cosa
Que suplicaros: aquí

Teneis mis armas; y espero
Tal confianza merecer

Que me dejeis escojer. =

= Como gustéis, caballero. =

Mi mano entonces tomó;
La estrechó afectuosamente,

Y colocándose en frente
Su pistola amartilló. —

Nunca he podido olvidar
Su faz llena de dulzura

Y la tinta de ternura
Que vi en sus ojos brillar.

Mi corazón alterado
Violentamente latía

Y ante aquel hombre sentía
Mi valor unonadado.

Mas los momentos pasaban;

*Me apuntó, yo le apunté,
Y... ¡jamás lo olvidaré!
Nuestras armas se tocaban!
Dios los perdone! dijeron
Los testigos, la sonante
Palma batiendo; al instante
Nuestros dos tiros partieron.—
Pasado el primer momento
De ofuscación, vi tendido
Al inglés de muerte herido.
Que daba el último aliento.—
— Yo le perdono! decía,
Yo fui el agresor... la suerte
Me da en justicia la muerte
Que mi culpa merecía!
Y acercándose despues
Casi exánime á mi oído:
— «Perdonadme si he querido
Que me mataseis... oh Inés!
Solo entonces comprender
Pude por que el desdichado
Sus armas habia llevado
Solicitado escojer.*

A NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN.

(PLEGARIA.)

A D. LEANDRO SARALEGUI Y MEDINA,

OFICIAL TERCERO DEL CUERPO ADMINISTRATIVO DE LA ARMADA.

Ave, maris Stella.

*Oh Virgen sacrosanta
Tesoro de dulzura,
Inmaculada y pura
Antorcha de la mar:
Permite que los ojos
Eleven contristados
Tus hijos bien amados
A tu esplendente faz.
Estrella matutina,
Resplandeciente faro
Que milagroso amparo
Al que te invoca das;
Escucha la piadosa
Tristísima plegaria
Que mi alma solitaria*

Te envia desde el mar.

Yo te suplico, ¡oh Virgen!

Que desde el régio asiento

Del alto firmamento

Donde gloriosa estás.

Mi triste canto escuches

Y á mi oracion respondas,

Y calmes esas ondas

Del tormentoso mar.

Si; cálmalas Señora,

Cuando retumba el trueno

Y rápido y sin freno

Revienta el huracan;

Cuando las turbias olas

Hirvientes se levantan

Y al mismo cielo espantan

Queriéndolo escalar.

Protégenos, Señora,

Cuando al fatal rugido

Del mástil sacudido

Por recio vendaval,

El triste marinero

Que ya la muerte toca,

Desesperado invoca

Tu auxilio maternal.

Y roto el frágil leño,

La vela destrozada,

Juguete de la airada

Efervescente mar.

Luchando con las olas

En amargura tanta

La vista á ti levanta

Con indecible afan.

Tus compasivos ojos

Inclina, Virgen pura,

*Cuando en la noche oscura
Sin norte y rumbo ya,
No ve el bajel perdido
Fanal sobre la orilla
Donde su frágil quilla
Se va á despedazar.*

*No olvides, no, Señora,
Que á ti tus hijos claman
Y unánimes te llaman
Su madre celestial;
Y que sus brazos tienden,
Y que tu imágen miran
Y que por tí suspiran
En medio de la mar.*

*Que tú eres el divino
Destello refulgente
Que vienes dulcemente
La noche á iluminar;
Fanal immaculado,
Del náufragó esperanza,
Y el iris de bonanza
Que brilla sobre el mar.*

*Tú, Virgen de pureza,
Estrella de los mares,
Magníficos cantares
Do quiera oyes sonar;
Y cuando luminosa
Tu faz pura se ostenta
Humilde la tormenta
Desparciendo va.*

*Postrados á tus plantas
Los ángeles te adoran
Y al adorarte imploran
Tu amparo con afán;
El cielo te corona*

*Con magestad suprema,
La luna es tu diadema
Los mares son tu altar.
Sobre ellos respetuoso
Al invocar tu ayuda
El náufrago saluda
Tu nombre tutelar;
Y la guerrera nave
Que cruza voladora
El mar, tambien, Señora,
Descansa en tu piedad.*

LOS CONTRABANDISTAS.

ESCENAS NOCTURNAS.

AL SR. D. CARLOS CHACON Y MICHELENA,

CAPITAN DE NAVIO DE LA ARMADA.

I.

*Sobre las costas amenas
 Tendidas en lontananza
 Frente al puerto de Bonanza
 Que baña el Guadalquivir;
 Costas fértiles que entoldan
 Los árboles que las ciñen,
 Mientras los cielos las tiñen
 Siempre en púrpura y zafir,
 Cruzaba en mil ochocientos
 Cuarenta y seis, un falucho
 Guardacostas, perro ducho
 En estrategias de mar;
 De tal modo, que en el punto
 Donde estuviese cruzando*

No cuajaba contrabando
Salido de Gibraltar,
Su patron, hombre templado
Macareno y jaranista
Fué un tiempo contrabandista
De los de cuenta y razon;
Pero viendo que el oficio.
Gracias á nuestros vapores,
Cada vez iba á peores,
Se pasó á la oposicion.
Sus antiguos corifeos
Con razon le criticaron
Y su pérdida juraron
Tal decepcion al saber;
Mas él impasible y rudo
De tal suerte los cazaba,
Que casi siempre lograba
Sus cargamentos coger.
Por tabernas y cortijos
Tendidos sus emisarios
Siempre de sus adversarios
Lograba saber el plan;
Y feliz en sus empresas,
De sus jefes aplaudido,
No habia patron mas erguido
Ni de mas fiero ademan.
Si otro patron le encontraba
Y á hablarle se dirigia,
¡Huf!... apenas sonreía
Con muestras de proteccion;
Pareciendo á todo el mundo
Decir con aire imponente:
«¡Mando el falucho Valiente
De la primer division!»
Y aconteció que una noche,

Allá por el mes de enero,
Tenia nuestro hombre el crucero
Donde el Betis se une al mar;
Y sin noticias ni voces
De alijo ni empresa alguna,
Pasaba el tiempo la luna
Cándidamente en mirar.

Hasta que de tan holgada
Ocupacion aburrido
Quedóse el hombre dormido.
Dichoso como un Emir.
Mas he aquí que al poco el sueño
Le turbó una algarabía...
Pero no todo en un dia,
Lector, se ha de referir.

II.

Pues señor, volviendo al cuento
Que dejamos en mantillas
Cual proyectado mejora
En alta region nacida
Que antes de hallarse madura
La mata y esteriliza
Ya el viento de las pasiones,
Ya el torrente de la envidia;
Es el caso que el buen hombre
Despertó á la vocería
De su gente que miraba
Adelantarse tranquila
Una vela entre la niebla
Que el horizonte cubria.

(02) Frotóse el patron los ojos,
Fijó la turbada vista
En el velo de vapores
Que el viento arrastrado habia,
Y examinando un momento
El bareo que moviliza
Su tripulacion: — «Señores,
Dijo, apuesto una cañita
De la rubia á que conozco
El corte de esa latina. — (19)
¿Estais seguro? repuso
Como quien nada confirma
El sota-patron — Pues toma.
¿No he de estarlo? Juraria
Que es el otro guarda-costas
De Huelva: sí, sí, la misma
Mesana larga y faldona,
La misma mayor; la lista
Blanca en el casco... no hay duda.
¡A ver! dadme la bocina.»
Diéronsela, y con un chorro
De voz enhiesta y maciza
Gritó. — ¡Ah del falucho! — Oyóse
Una voz que respondia
¿Qué dirá? — ¿Qué buque es ese?
— El Marcial, escampavía
Del resguardo; ¿y ese buque? —
El Valiente, de la misma
Division, repuso el hombre
Con orgullosa sonrisa.
— ¿Lo veis? Si tengo una práctica
En las cosas de marina,
Que solo al verle los topes
Conozco yo al que me avista. —
Mandó el patron mientras tanto

Cargar la mayor arriba (20),
Y con el foque y mesana
Esperó por la visita
De su amistoso cofrade,
Que en viendo la ancha latina,
Amolladas las escotas (21)
Y empujado por la brisa,
Gobernaba en derechura
Ligero como una anguila
Al portalon (22) del Valiente,
Quien viéndoselo ya encima
Quiso arribar, pero en vano,
Pues antes con repentina
Velocidad, cual torrentes
Desprendidos de las cimas
De las montañas, cayeron
Por bordas, jarcias y drizas,
Puñal en mano los unos,
Los otros con carabinas,
Sobre el pobre guarda-costas
Cincuenta contrabandistas.
Abrió el patron unos ojos
De á cuarta, miró hácia arriba,
A su derecha, á su izquierda,
Y apenas si comprendia
Solo un punto de la escena,
Cuando sintió en las costillas
El contacto de un garrote
Y una voz que le decia:
— « Buen amigo, á la bodega
Váyase á aclarar la vista
Mientras nosotros echamos
En tierra la pacotilla;
Y silencio, y estar quedo
Si no quiere que una driza

Le pasemos al cogote:
Que mañana es otro día. —
Al tal exhorto, apoyado
Con una elocuente virga,
Toda réplica era inútil,
Toda observacion prolija,
De modo que cabizbajo
Y llorando su desdicha
Fuése el hombre á la bodega,
Donde su gente cautiva
No daba ni un triste ochavo
Por su miserable vida. —
En tanto los invasores
Clavaron las escotillas,
Acercáronse á la costa,
Dieron fondo, y convenidas
Las señales empezaron
Su descarga entre las risas
Y las bromas truhanescas
De toda la compañía.

III.

Oh Fortuna! instable diosa
Fiel trasunto de las hembras,
Siempre altiva, inexorable,
Siempre veleidosa y pèrfida!
Tus caricias son engaños,
Tus palabras son arteras,
Tus hechuras deleznales,

Tu inconstancia sempiterna.
Y sin embargo, los hombres
Van ansiosos tras tu rueda
Anhelantes, incansables,
Ojos fijos, boca abierta,
Los brazos á ti tendidos
Con nerviosa persistencia,
Por agarrar de tu manto
Las orlas que al viento ondean,
Mientras que tú arrebatada
Por el ancho mundo vuelas
En alas del torbellino
Con que tú misma te ciegas,
Y aquí encumbras un ministro,
Allí un general despeñas,
O un parlamento destruyes,
O un nuevo monarca elevas,
Siempre rápida, invisible,
Sorda, muda, torpe y necia!...
Fortuna infiel!... Mas dejando
Digresiones y sentencias,
Pues ni pretendo ser docto
Ni procuro que lo crean.
Vuelvo á los contrabandistas
Y al patron, de cuya adversa
Fortuna, en aquella noche
Se originó esta leyenda.

Despues que hubieron echado
Los agresores en tierra
Sendos fardos de Virginia
Y enormes bultos de tela,
Levaron anclas vogando
Con esforzada destreza
De Espartel sobre las aguas,
Y en las suyas muy de cerca

El cautivo guarda-costas
Marinado á fuer de presa
Por veinte contrabandistas
De faz torva y alma negra.
Siguiéron así tres horas
Navegando á remo y vela,
Y cuando ya de la costa
Se divisaban apenas
Los vaporosos perfiles
Entre las brumas espesas,
Pasáronse á su falucho
Los que guardaban la presa
Y cortando los remolques
Que á la popa le encadenan,
De Trafalgar y el Estrecho
Tomaron ellos la vuelta.

Nuestro patron aturdido
Por el ruido y la palerma
Que sufrieron sus costillas,
Subió al fin sobre cubierta
Mirando por todos lados
Si aun quedaba de la gresca
Alguna señal ó indicio
De que á repetirse fuera.
Tendió luego al horizonte
Aquella mirada esperta,
Causa de su desventura,
Y no encontrando la huella
De su enemigo, la proa
Torció á Cádiz, macilenta
La faz y el aire encogido
Como un negociante en quiebra.

Llegó, dió fondo, angustiado
Marchóse la triste nueva
A dar á su comandante:

Quien colérico al saberla
Mandó formar la sumaria.
Averiguacion en regla,
Y mientras tanto en recaudo
Puso al héroe de la escena.—
Sucedió luego lo mismo
Que sucederá in æternam;
Y en muy cortísimo plazo
Se sustanció la polémica
Despachándose ad vaporem
Vistas, testigos y pruebas;
Y al cabo de la jornada
Vino el consejo de guerra
Que con arreglo al artículo
Qué sé yó cuantos, que reza
En tal capitulo y parte
De la ordenanza la pena
Correspondiente al delito,
Teniendo así mismo en cuenta
Las cuatro mil reales órdenes
Que el tal artículo enmienda
Y lo anulan y reponen
Y lo aclaran y comentan,
Pronunció por mayoría
Su inapelable sentencia
Condenando al susodicho
Patron, por poca cautela
Dolosa conducta y falta
De cuidado ó de advertencia,
A diez años de arsenales
Y prohibicion espresa
De mandar en lo futuro
Buque alguno de las rentas.
Todo es hasta aquí sencillo
Y así esperaba que fuera

Nuestro patron, que escuchando
Leer la fatal sentencia
Dijo con el dedo indice.
Rascándose la cabeza.
— «¿Cómo diantre equivocarme
Pude yo en la noche aquella?» —

ROMA Y CARTAGO
FANTASIA DEDICADA A MI AMIGO EL ALFEBRE DE NAVIO

D. VICENTE MONTORO.
Cual roncó torbellino
Silva mis broncas guerras

Flota el rojo pendón sobre la popa de la flota
¡Tal vez!... — Yo de Inglaterra usé el timón
Que en frente una gran potencia Roma, la usó
De una nueva Cartago, oh y... ¡cuánta usó!
¿Será el murmullo vapores así y el anarchofil?
De guerra y sangre al horizonte azomó, ¿verdad?
¿Otra que sordo amago, silencioso, usó?

(1) Esta poesía fué escrita hace algunos años, y con me-
ses de anterioridad á las temas que figuran en esta colección.
La hemos intercalado en ella, sin embargo, por el antiguo y
profundo cariño que nos une al joven oficial á quien está dedi-
cada, hoy teniente de navio. ... de Madrid.
¡No se pierda esta vez tal ocasión!

ROMA Y CARTAGO (1).

FANTASIA DEDICADA Á MI AMIGO EL ALFÉREZ DE NAVIO

D. VICENTE MONTOJO.

To day England every
man to do his duti,
(NELSON.—Trafalgar.)

L'Aigle imperial vole de clocher
en clocher, jusque sur les tours
de notre-Dame.
(NAPOLEON.)

*¿Ois? ¿qué sordo amago
De guerra y sangre al horizonte asoma?
¿Será el murmullo vago
De una nueva Cartago
Que en frente mira otra potente Roma?
¡Tal vez!....— Ya de Inglaterra
Flota el rojo pendon sobre la popa*

(1) Esta poesia fué escrita hace algunos años, y con meses de anterioridad á las demás que figuran en esta coleccion. La hemos intercalado en ella, sin embargo, por el antiguo y profundo cariño que nos une al jóven oficial á quien está dedicada, hoy teniente de navio.

I. de N.

De mil naves de guerra,
Con que atrevida cierra
Las puertas de los mares á la Europa.

Y en su orgullo profundo
Dice, dándole al mar nuevos dinteles
Con poder sin segundo:

— «Bloqueado queda el mundo;

» Que vayan á ceñirlo mis bajeles.»

— «Peso al mar onduloso

» Brote de mis potentes arsenales,

» Y domine orgulloso

» Mi estandarte sangriento y poderoso

» Mares, golfos, estrechos y canales»

« Cual ronco torbellino

» Silven mis bronces resonando ¡guerra!

» ¡Vencer es mi destino!

» ¡Trasalgar, San Vicente, Navarino,

» Nuevos héroes darán á la Inglaterra!»

« Mis máquinas gigantes,

» Fortalezas cuajadas de cañones,

» Volarán humeantes

» A imponer arrogantes

» Mi soberana ley á las naciones.»

« ¡Que vuelen .. y do quiera

» Que el Leopardo de Albion se muestre ufano,

» Humille su bandera

» Cualquier nave extranjera

» Ante el soberbio rey del Oceano.»

Tal dice, y al intento

Sus bosques lanza al mar en anchas quillas

Que á despecho del viento

Rompen humeando el liquido elemento

Y pueblan remotísimas orillas,

¡Albion! ¡Albion!... ¿qué esperas?...

¡No te pierda tal vez tanta arrogancia!

¡Ay de ti si allaneras
Se desprenden á hendir raudas esferas
Las imperiales águilas de Francia!
¡Ay! ¡si ese rumor vago
Proporciones jigantes al fin toma!
¡Ay! ¡si el destino aciago
Desprende sobre ti, rica Carlago,
Los espesos ejércitos de Roma!
¡Guay! ¡que llame rabiosa
A tus puertas el águila del Sena,
Y rasgue victoriosa
La página afrentosa
Que has escrito con sangre en Santa Elena!
Guay si su brazo alcanza
A tu triple corona y á tus lores,
Que llegará sedienta de venganza
En el ristre la lanza
A dársela cumplida á sus mayores.
Há tiempo las naciones
Ejércitos sin cuento reunieron,
Y al retronar de cien y cien cañones
Lanzaron en tropel sus bridones
¡Paris! gritando, y á Paris corrieron.
Hoy una voz rodando
Va sordamente por el alta sierra
Del Alpe murmurando—¡guerra! ¡guerra!
Y el eco retronando
En las aguas del Rhin dice ¡Inglaterra!
Y el jigante se eleva, y en su frente
Luce bien de su raza la arrogancia:
Metéoro luciente
Vence do quier y esclama omnipotente:
—¡NACIONES APARTAD; PASO Á LA FRANCIA!
„La fortuna es mi diosa;
„Paso, Inglaterra, al águila del Sena

„Que viene victoriosa
„A destrozar la página afrentosa
„Que has escrito con sangre en Santa Elena..”

UNA MUJER COMO HAY MUCHAS.

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA PAVIA.

BRIGADIER DE LA ARMADA.

CAPITULO PRIMERO.

QUE ES EL PRINCIPIO DE ESTA DUCSIMA E IMAGINADA HISTORIA.

En esos tiempos remotos.

Cuando las cosas sucedían
De Algeciras y Valencia
Mil palmas musulmanas
Arbol, como una columna
De coraceros y piratas.
Nuevos buques cada día
Sobre las ondas lanzaba
Aridos de oro y corales,
Sedientos de sangre humana.
En aquel tiempo dichoso
De que Cervantes nos habla
En su inimitable historia.

UNA MUGER COMO HAY MUCHAS.

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAULA PAVIA,

BRIGADIER DE LA ARMADA.

CAPÍTULO PRIMERO.

QUE ES EL PRINCIPIO DE ESTA DULCÍSIMA É IMAGINADA HISTORIA.

*Eranse tiempos remotos,
Cuando las costas surcaban
De Algeciras y Valencia
Mil galeras musulmanas.
Argel, como una colmena
De corsarios y piratas,
Nuevos buques cada día
Sobre las ondas lanzaba
Avidos de oro y cautivos,
Sedientes de sangre humana.
En aquel tiempo dichoso
De que Cervantes nos habla
En su inimitable historia,*

Que vivirá mientras haya
Quien las letras anteponga
Al estruendo de las armas;
En aquel tiempo decimos
No le habia ocurrido á Francia
Que Argel fuese una colonia,
Ni que Beaumont lo tomara,
Ni que Mirabeau viniese
Al mundo, ni que la blanca
Bandera de Clodoveo
En tricolor se trocara,
No habia entonces en los puertos
Esas tremendas escuadras,
Esos flotantes castillos
Parto de la soberana
Inteligencia del hombre
Que cuanto pretende alcanza:
Ni el vapor, ni el magnetismo
En el mundo figuraban,
Ni telégrafos, ni tunel,
Ni convenios de Vergara,
Ni próceres, ni Estatutos,
Ni elecciones, ni jaranas,
Ni Radetskys, ni Mazzinis,
Ni Koksuts, ni calabazas.
Entonces habia conventos
Que por cierto, no soñaban
Que viesese Juan-sin-puertas
A dejarlos sin-campanas,
Habia reyes con corona
Solo porque Dios la daba,
Nobles con sus privilegios,
Pueblos con sus alcabalas,
Curas, diezmos y primicias,
Generales cuyas fajas

*Luengos años de servicio
Al menos representaban,
Inquisicion, y censura
Que á lo impreso no atentaba,
Sabios que en el firmamento
A nuestro globo enclavaban
Dejando al Sol que corriese
Por el espacio á sus anchas,
Y en fin galeras de guerra
Que á las moriscas cazaban
Aunque no siempre en la lucha
La mejor parte llevaran.*

*Doña Luz, linda doncella
Hija de Pero Grijalba,
Hidalgo hasta las narices,
Que las galeras mandaba
Del rey, cruzando con ellas
Sobre las costas de Malta,
Se embarcó un dia en el puerto
De Barcelona, escoltada
Por su venerable dueña
Doña Aldonza de Peraza.
Su padre que la queria
Como al ídolo de su alma,
Que se trasladase al punto
A su lado le mandaba;
Y ella jóven, inocente.*

*Sin otro amor ni esperanza
Que el anciano cariñoso
Y la dueña almibarada,
Aprovechó la oportuna
Proporcion de una gabarra
Genovesa que á Melita
Desde allí se encaminaba.
Listo el buque, las antenas
Hasta los topes izadas
Y con un viento fresquito
De Poniente, una mañana
Linda del revuelto Otoño
Levó el genovés sus anclas,
Y al compás de la Zaloma
De su gente entusiasmada,
Cazó mayor y trinquete
Amolló en cruz la mesana,
Izó el foque, y mas ligero
Que el pez que hiende las aguas
Dejó por su popa el puerto
Y las costas castellanas.
Navegó al Este aquel dia,
Pues desatracarse ansiaba
De la vecindad terrible
De los moriscos piratas;
Y de tal manera el viento
Favorable refrescaba
Que un viaje próspero y corto
Todos abordo auguraban.
¡Pero infeliz del que fia
En el viento y en las aguas!
¡Infeliz del que á las hembras
Entrega la paz del alma,
Y á las olas su barquilla,
Y á las nubes su esperanza!*



*Tibio el sol en Occidente
Su roja luz ocultaba,
Y ya por el horizonte
En espesísimas bandas
Grupos de nubes sombrías
Sus cabezas asomaban
Cual precursores siniestros
De una noche de borrasca.
La luna con tintas lívidas
En el Oriente brillaban
De anchos círculos concéntricos
Y cárdenos rodeada;
Mientras que un zumbido unísono
Sordo y lejano, en las aguas
Como un lúgubre lamento
Imperceptible rodaba.
— «¡Mala noche!» dijo al verlo
El capitán; la mesana
Aferremos; no me gusta
La noche que se prepara.
Y mientras tanto que arriba
Crujían vergas y rondanas,
La vieja y la niña abajo
Sus oraciones rezaban.*

CAPITULO II.

Fremente l'onda, il ciel a tmbruma,
Cresce il venio e manea l'arte...
(METASTASJO.)

De Caribdis en Scila.

*Cayó la noche envuelta en nubarrones
Que el iracundo bóreas impelia,
Silbando entre las jarcias y motones
Como un canto de muerte ó de agonía.
El undivago mar anchos turbiones
De blanca espuma enderredor tendia,
El rugido mezclando de su seno
Al estampido cóncavo del trueno.
Las nubes con furor arrebatadas
Como aligera tromba en las vertientes
Rueda veloz, cruzaban apiñadas
En lluvia deshaciéndose à torrentes,
Aquí cruje una entera, allí encrespadas
Elevándose altivas y rugientes
En arco aterrador, tremendas olas
Arrancan las sencillas batayolas.
Con tumultuoso afan los marineros
El destrozado foque aseguraban,
Mientras otras los altos masteleros*

A la cubierta impávidos calaban.
Este una driza y otros mas ligeros
Jarcias, amuras y brandal picaban,
Colgados con insólito heroismo
Sobre las negras bocas del abismo.

De pronto con horrisono estampido
Dos olas en la popa reventaron
Abriendo ancho boquete en el dormido
Bajel cuyas estopas aventaron;
Rota la vela y el timon perdido
Los hombres á los palos se lanzaron,
Picando con furor y rabia insana
Al trinquete, mayor y de mesana.

Del alto peso el buque aligerado
Su cuerpo levantó con ansia suma
Sacando el infeliz abierto lado
Teñido en blanca y fervorosa espuma.

Mas un nuevo peligro al destrozado
Buque amenaza y sin piedad le abrumba,
Pues un agua incesante en la bodega
Se descubre copiosa que lo anega.

Las bombas rudamente sacudidas
Al contener su impulso no bastaban,
Y las fuerzas un punto enardecidas
Del equipaje triste desmayaban.

Las esperanzas viendo ya perdidas
Los unos á los otros se miraban

Con esa vista fosca, turbia, inerte
Que empaña la presencia de la muerte.

Por fin á la chalupa se arrojaron
Con decidido arranque y alto aliento;

Algunas provisiones se embarcaron;
Dos botellas de rom, y á sotavento

Con débil esperanza se lanzaron
A merced de las olas y del viento

Que con furor silbaba en el costado
Del miserable buque abandonado.

Y á fé' se me olvidaba hacer reseña
De que á la barca fueron juntamente
La linda doña Luz, y á mas su dueña
Que lloraba sin tregua amargamente.

Triste la joven y á la par risueña
Reflejaba en su rostro dulcemente
De su sexo la mágica hermosura
Con tintas esmaltadas de bravura.

Apenas en el débil barquichuelo
Se hubo la gente aquella embanastado,
Tendrieron la mirada con anhelo
Sobre el triste bajel abandonado.

Entre espumantes ondas hácia el cielo
Lo vieron un momento levantado,
Giró luego veloz sobre si mismo
Y se perdió en los senos del abismo.

Un grito universal lanzó aterrada
La gente que vogaba en la barquilla
Sin cesar por las olas inundada
De un mar ensurecido y sin orilla;

Lució al cabo la aurora deseada
Su frente nebulosa y amarilla,

Mostrando el espectáculo imponente
De un cielo sin ocaso y sin oriente.

Las horas tras las horas sucedieron
(Que son bien largas en momentos tales)
Y al fin los vientos de calmarse dieron
Venturosas y plácidas señales.

Los roncos marineros acudieron
A improvisar un mástil y brandales,
Armando, aunque barridos por las olas,
Con mantas y eamisas dos bandolas,

Llegó la noche y el terror con ella,

*Pero el viento por grados amainaba,
Y allá en el cielo fulgurante estrella
El fin de la tormenta presagiaba
Al despuntar el sol, radiante y bella
La cúpula celeste se mostraba
Y el mar en calma, su furor perdido
Reposaba doliente y abatido.*

*Pero al par que en aquellos oraciones
Nueva luz y esperanza renacian,
Menguaban las mojadas provisiones
Y aproximarse el hambre presentian.
Solo quedaban ya cuatro raciones
De húmedo pan, y nada descubrian
En el claro horizonte que señales
Diese de tierra y término á sus males.*

*Pasó la noche y la siguiente; el cielo
En transparentes gazas estendido;
Ni un hálito en la brisa; el barquichuelo
Sobre las ondas nitidas mecido.
Secas las fauces en doliente anhelo,
Pálido el cutis por el sol hendido,
Los náufragos un punto se miraron
Y palabras siniestras murmuraron.*

*—“Es preciso echar suertes,”— con terrible
Espresion dijo al cabo el mas hambriento,
Y en el corro cundió la frase horrible
Como un eco satánico y sangriento.
La pobre doña Luz casi insensible,
Estenuada por falta de alimento
La voz oyó tambien, y horrorizada
Los ojos se tapó por no ver nada.”—*

*La vieja doña Aldonza estremecida
En el fondo del barco tiritando,
Ya la conciencia del dolor perdida
Estaba entre congojas acabando;*

Mientras la gente su feraz partida
De sangre humana sigue preparando
Después de haber comido hasta los cueros
De la falca (23); zapatos y sombreros.

Sobre un anciano al fin cayó la suerte
Que más bien que abatirle le consuela,
Pidiendo el mismo que le den la muerte
Con voz altiva que el valor revela;
Y ya se iba á cumplir el trance fuerte
Cuando uno de ellos exclamando ¡vela!
¡Vela!... hácia el horizonte señalaba
Deshecho en llanto que su faz bañaba.

Sobre los bancos respirando apenas
Saltando de los ojos la pupila
Los náufragos miraron las serenas
Tendidas olas de la mar tranquila.
Las altas loas por el viento llenas
Vieron de un buque salvador que oscila
Como un pájaro audaz en lontananza,
Y hácia la barca al parecer avanza.

Los párpados en lágrimas bañados
Los brazos unos hácia Dios tendieron;
Otros un remo, y á su punta atados
Girones de camisas, suspendieron;
Los más débiles, tristes y estenuados
Los exánimes ojos entreabrieron
Y en el lejano buque los clavarón
Y nuevamente de placer lloraron.

La brisa por instantes refrescaba,
Y después de dos horas de agonía
Tan próxima la nave se encontraba
Que hasta la gente en ella se veía.
Mas oh destino aciago! ya mostraba
La galera su abierta portería
Flotante en las entenas la moruna

Bandera del turbante y media luna.

Era aqueste un pirata muy decente

*(Que lo cortés no quita lo valiente,
Y hay piratas que son hombres de estado.)*

Jóven, altivo, rico y elocuente

Y al sexo femenino aficionado

Cruzaba por el mar á sus anchuras

En busca de combates y aventuras.

Cansado de su harem y sus mujeres

De sus ricos palacios y diamantes,

Soñaba el argelino otros placeres

Y otros goces mas puros é incesantes.

Su voluntad trazaba sus deberes,

Eran sus voces leyés terminantes,

Pero á pesar de circunstancias tales

Pasaba nuestro moro horas fatales.

Y aqui corto mi canto, que no quiero

Que importuno me llamen y pesado,

Continuando este metro majadero

Que es un metro además endemoniado.

Mis versos octosílabos prefiero

Con el dulce romance asonantado.

Y pidiendo perdon á los Ercillas

Me vuelvo á mis quartetas y quintillas.

Pero por Dios! antes de dar remate

A las cuantas octavas que he zurcido

He de decir que el moro hecho un orate

Al ver á doña Luz en el perdido

Barquichuelo, el solemne disparate

Hizo de enamorarse, y decidido

En su cámara misma la aposenta

Y la vela, y la cuida y la alimenta.

Contó los prisioneros y á su gente

Los regaló con mano generosa

Navegando en seguida velozmente

*En alas de la brisa vagarosa
A la costa africana.—Suficiente
Es ya lo dicho...no, falta una cosa,
Y es que encontrado à doña Aldonza yerta
La llamaron en vano...estaba muerta.*

CAPITULO III.

Je suis malheureux qui vous aime d'amour!
(V. HUGO.)

Todo lo vence el amor; hasta á los piratas.....

*Depon el furor, cristiana,
Y mirame sin enojos
Con esa faz soberana;
Que estoy muriendo, sultana,
Porque me miren tus ojos.
Tú no sabes, ¡oh inclemente!
Con que insensata pasion
Te adora mi pecho ardiente:
¡Tú no sabes lo que siente
Al verte mi corazon!
¿Qué delito he cometido
Que te pudiera ofender?
¿No estoy á tus pies rendido
Y á obedecer decidido
Tus caprichos de mujer?
¡Ay! no sabes cual mi sueño
Turban en la noche umbría
Fantasmas que tu desdño
Me brinda en letal beleño,*

¡ Verdugos de mi alegría!

Mis palacios, mis verjeles
Fastidio me dan y enojos;
Y diera yo mis corceles,
Mis tesoros, mis bajeles,
Por un rayo de tus ojos.

Ya mi harem no me fascina
Aunque en él la Circaciana
Desate su voz de Ondina;
Que es mas dulce y peregrina
La tuya, fiera sultana.

¿Por qué desde que te vi
Mi corazón te adoró?

¿Por qué al mirarte, hacia ti
Voló mi esperanza, di
Quedando sin ella yó?...

Dicen que causa en tu tierra
Cruel espanto mi pendon;
Pero mucho mas me aterra,
Cristiana, la cruda guerra
Que haces á mi corazón.

¡ Dichoso aquel que suspira
Delirando junto á ti!

¡ Dichoso aquel que te mira
Y en tu blando aliento aspira
El aliento de una huri!

De tus ojos en la esfera
Luce el misterioso tul
De un cielo de primavera;

¡ Quien, ay, por ellos no diera
Las riquezas de Stambul!...

¿Por qué no amarme, sultana?

¿Qué puedes tú desear?

¿Oro? ¿Diamantes? Mañana
Iremos en caravana

Mis tesoros á buscar.

*Yo tengo joyas y fieras
Y arabescos miradores;
Tengo bosques de palmeras
Que se columpian ligeras
Entre millares de flores.*

*Tengo ricos alquiceles
Y moriscos tafetanes;
Y lucen en mis verjeles
Cincelados botareles
Entre mirtos y arrayanes.*

*Todo es tuyo, nazarena,
La del mirar de paloma,
Bella y cándida azucena
Que abre su caliz serena
Sobre la alsombrada loma.*

*¿Lloras? Recuerdo incesante,
Viéndote en remota orilla
Quizas te agita punzante
De algun venturoso amante
Que te aguardará en Castilla.*

*No me lo digas, sultana,
Si es así, por compasion,
¡No envenenes, inhumana.
La fuente de amor que mana
Para tí en mi corazon!*

*Mas si despiadada y fiera
Matarme quieres con saña,
Mándalo, que mi galera
Te conducirá altanera
Hasta los puertos de España.*

Tal en morisco aposento
De su palacio, el pirata
Sus tritísimas querellas
A doña Luz espresaba.
Escuchábale la jóven
Por el rubor sonrosada,
Entre amable y altanera
Entre indulgente y tirana,
Sin rendirse à sus caricias
Sin quitarle la esperanza,
Que en todos tiempos ha sido
La mujer mas diplomática
Que el Czar y que Nesselrode,
Lord Palmerston y comparsa
Por manera que él rendido
Y ella altiva, se pasaban
Del mismo modo las horas
Los dias y las semanas
~~Sin que el moro se escediese~~
~~Ni Doña Luz se ablandára.~~
~~Cosa singular, sin duda~~
~~Mucho mas en un pirata~~
Y argelino por apéndice,
Cuando en nuestro siglo se hallan
Tantos corsarios que cruzan
Sin pabellon ni orislama,
Y allí abordan, donde encuentran
El honor de cualquier dama.
Sin preguntar procedencia
Ni encomendarse á la aduana.
Viendo por fin nuestro moro,
Que llamaremos BEN-ZAYA,
Estrellarse sus caricias,
Sus riquezas y sus galas
En la roca indestructible

De aquella virtud sin tacha.
Tomó el partido... lectores,
Apuzsto cuarenta octavas
De pie forzado, y un distico
Laudatorio, que es la plaga
Mas grande para un poeta.
A que os andais por las ramas
Sin encontrar el partido
De que ahora mismo os hablaba.
Tambien apuesto un soneto
Acróstico, á que pensabais
Que el hijo de los desiertos
Cansado de almibaradas
Repulsas, adoptó el medio
Como las tropas cosacas
De pasar el Pruth y habérselas
En descomunal batalla
Cuerpo á cuerpo con la jóven;
~~¡Y por Dios que en este ande~~
~~¡Y por Dios que en este ande~~
~~¡Y por Dios que en este ande~~
~~¡Y por Dios que en este ande~~
Pere no Señor; el moro
Con la mente trastornada
El corazon hecho almibar,
Perdido, en una palabra,
De amores y en consecuencia
Apasionado hasta el alma,
Armó dos fuertes galeras
Se embarcó con la cristiana,
Motivo de su desdicha,
Y hácia las costas de Malta
Torció el rumbo, punto adonde
Dijo ella que la llevaran.

Própero el viento y tendido
Rápidamente avanzaban
Las galeras, sin que el moro
Dirigiese una palabra
A la dichosa cautiva
Que tan cruel le abandonaba;
Y tras de muy pocos días
Al romper una mañana
La aurora en el horizonte
De arrebol tornasolada,
Lucieron á la derecha
Las azuladas montañas
De Melita, y á la izquierda
Teñidas de ópalo y nácar
Las cumbres del Mongibelo
Como transparentes gazas.

Ganó el corsario la costa
Velozmente con audacia,
Y desembarcando en ella
A doña Luz; «¡oh, cristiana!
»Le dijo, ¡adios para siempre!
»Sé feliz en esa España
»Que no volveré á ver nunca,
»¡Nunca! ¡pues tu amor me mata!..
Y dejando á la doncella
Ganó su galera ufana
¡Que por Dios! era ya tiempo
Pues en la costa la alarma
Cundió al ver los berberiscos
Y ya se armaba la zambra.

Doña Luz los ojos fijos
En la galera miraba
Perderse sus blancas lonas
Entre las cintas de plata
Con que pintaba la espuma

*Del mar la tendida espalda
Y al verlas en Occidente
Desparecer, dos amargas
Lágrimas por sus mejillas
Como dos perlas rodaban.*

CAPITULO IV.

Quando quise no quisiste,
ahora que queres no quero. etc.

Peripecia femenina.

*Loco de amor y contento
Bendiciendo la divina
Providencia en el hallazgo
De su doña Luz querida,
El noble Pero Grijalba
En una aldea vivia
Sobre las costas de Malta
Y á los pies del mar tendida.
Nada faltaba al buen hombre
Para ser feliz, y envidia
Pudo dar al mar dichoso
Que contemplara su dicha,
Mas como haberla completa
Es una cosa no vista
Desde que Adan y consorte
Cometieron la maldita
Torpeza de la mazana
Que no cuento por sabida,
El noble Pero notaba*

Con dolor, que de su hija
El rostro se marchitaba
Por momentos, y amarillas
Y pàlidas se tornaban
Las rosas de sus mejillas.
Si á respirar en la tarde
El fresco juntos salian
De la frondosa ribera
Por las doradas orillas,
De doña Luz las miradas
En el horizonte fijas
Buscaban alli un objeto
Que jamas aparecia,
Mientras de sus ojos garzos
Tristes lágrimas corrían.
Siempre pàlida y llorosa.
Siempre sola y pensativa
Sus pájaros la enojaban,
Sus bordados la aburrían,
La cansaban los festejos
Y olvidaba á sus amigas.
Su anciano padre trinaba,
Daba mil vueltas, salía
Tornaba á entrar, preguntando,
Siempre en acecho, la pista
Siguiendo de aquella estraña
Perpetua melancolía;
Mas todo en vano; sus dueñas
No estaban mas instruidas
En el asunto, de modo
Que despues de una revista
Escrupulosa, quedaba
La cuestion siempre la misma:
Que doña Luz está enferma,
Que apenas come la niña.

Que llora continuamente,
Que sus trajes la fastidian
Y sus joyas la entristecen,
Y durante el sueño grita
Articulando palabras
Que nadie entiende ó descifra:
Tales eran las respuestas
Que en resolución solia
Alcanzar el pobre anciano
A sus preguntas continuas,
Y era que el noble guerrero
Ducho en combates y lizas,
No alcanzaba ni una jota
De estrategias femeninas,
Siendo en achaques de amores
Muy cortísimo de vista.

Porque en rúsumen la causa
Que en doña Luz producía
Tan alarmantes efectos,
No era mas que una vivísima
Pasion por aquel pirata
Cuyos requiebros altiva
Escuchó; ¡que así son todas
Las que visten por arriba!

Ay, mujeres! Si los hombres
Estudiaran la cartilla!
Pero bah! ¿quien es el sabio
Que al miraros no se olvida
Como Adán del mundo entero
Por probar?...—Al cabo, un día
El señor Pero Grijalba
Ya la paciencia perdida,
Pidió esplicaciones claras
Categoricas, precisas,
De aquel dolor incesante

Que comprender no podía.—
Aquí fué Troya: en sollozos
Prorrumpió al punto la niña,
Y hubo pasmo y convulsiones
Y síncope y gritería,
Y al cabo de la jornada
Llorosa y no arrepentida
Cantó doña Luz de plano
Sus congojas y sus cuitas.—
Oyóla impasible el viejo
Y le prometió que haría
Cuanto en lo humano cupiese
Por complacerla y servirla;
Y reflexionando luego
Que un clavó otro clavó quita
Y que es la mujer veleta
Que hácia todas partes gira,
Calculó que un casamiento
Remedio especial sería
Para extinguir los vapores
Del cerebro de su hija.
Pensó entonces en un jóven
De esperanza y de valía
Pariente suyo, que en Málaga
Por aquel tiempo vivía;
Y así pues, una mañana,
Previa licencia obtenida,
Llevó á doña Luz abordo,
Zarpó el áncara, y henchidas
Por el levante las tonas
Trincó todo de bolina
Para arribar luego en popa
En vuelta de la península.
Dejarémosle que bogue
Sobre la azul y tendida

*Superficie de las aguas,
Mientras mi musa respira,
Que por Dios, ya estoy cansado
De tanto asonante en ia.*

CAPITULO V.

Griegos y troyanos.

Cette habitude, reprit-il, la voici: au moment où j'étais bord à bord de l'ennemi, je lui envoyais tout bonnement ma vélee complète de mousqueterie et d'artillerie bourrée à triple charge. Eh bien; vous n'avez pas d'idée de l'effet que ça produisait...

(UN CORSAIRE.)

*A la vista de Menorca
Un dia al romper el alba
Se hallaba Pero Grijalba
Con viento fresco del Sur,
Cubiertas de blanca lona
Y ademas muy marineras,
Volaban las tres galeras
Sobre el elemento azul.*

*A las diez la de vanguardia
Avistando á barlovento
Una vela, hizo al momento
La convenida señal;
Indicando à poco rato
Que la vela que avistaba
Viento en popa navegaba*

*Su línea para cortar.
Era un enorme jabeque
Cargado de arboladura,
De buen casco, y ancha amura
Buena planta y buenos pies;
Y en cuyas dobles entenas
Que arrogantes se elevaban,
Tendidas al viento estaban
Las rojas armas de Argel.*

*Pero Grijalba pensando
En doña Luz, no quería
Un combate que podía
Tener éxito fatal;
Y ansiaba que el argelino
Variase de rumbo y traza,
Dispuesto á no darle caza
Mas tambien á no arribar.*

*Empero el jabeque turco
Que á su encuentro se lanzaba
En lo que menos pensaba
Era sin duda en huir:
En alas del austro ardiente
Se acercaba rencoroso
Ceñido el costado airoso
Con la franja carmesi.*

*Provocadora arrogancia
Mostraba y alta osadía
Cuando á habérselas venia
Con fuerza tan superior;
Sin que terror le impusieran
Tres galeras castellanas
En cuyas altas mesanas
Velaba el regio leon.*

*¿Quién era aquel argelino
Que á la muerte se acercaba?*

¿Quién era aquel que miraba
Como una mengua el huir?
Era Aben-Zayda en persona
Que de padecer cansado
Quería dar á su cuidado
Con su misma vida fin.

Formáronse las galeras
Españolas en batalla
Las lombardas con metralla
Cargadas hasta el brocal;
Y abozadas las entenas
Y la gente repartida,
Principió la mas reñida
Accion que haya visto el mar.

Los argelinos ardiendo
En aquella horrída zaña
Que al solo nombre de España
Les roía el corazon.

Luchaban como gigantes
Aunque con mala fortuna,
Que esta vez la media luna
Era en fuerzas inferior.

Combatidos y estrechados
Por las naves nazarenas,
Cruzábanse las entenas
De ambos enemigos ya
Que envueltos en humo denso
Y pálidos de coraje
Ansiaban al abordaje
Con su adversario acabar.

Las tres galeras á un tiempo
La de Aben-Zayda abordaron,
Y los cristianos saltaron
Sobre su borda en tropel:
Quien con hacha ó con cuchillo

Trepa al abierto costado,
Quien con una pica armado
Salta al partido baupres.
Alguno al saltar recibe
La muerte en las batayolas,
Otro blasfema en las olas
Que le van á sepultar;
Aquí el sonido se escucha
Silbador del limpio acero,
Allí cruje un mastelero,
Suena un arcabuz allá;
Aquí rueda entre gemidos
Una cabeza erizada,
Tiñe la blanca amurada
Negra sangre por allí;
Acá «¡España!», gritan unos.
Allá los otros «¡Mahoma!»,
Y un nuevo tumulto asoma
Y nuevo afán por aquí.
Voces, ayes y alaridos,
Blasfemias, imprecaciones,
Heridas y contusiones
Humo denso por do quier,
Tal es el cuadro espantoso
Que sobre las olas pinta
Con enrojecida tinta
La galera del infiel.—
Aben-Zayda á la cabeza
De la morisca falanje
Blandiendo su curvo alfanje
Siembra el espanto en redor;
Y de enemigos cercado
Dobla herido la rodilla,
Pero la frente no humilla
Ni demanda compasion.

*Antes con torva mirada
Reta el cristiano altanero
Y esgrime el cortante acero
Aun que mal herido está;
Pero al fin vencer no puede
A la turba enfurecida;
Casi exànime y sin vida
Inclina la regia faz.—*

*Afloxaron los moriscos
Entonces la resistencia
Rindiéndose á la clemencia
Por fin de su vencedor;
Y terminando el combate
Volvieron nuestras galeras
Su rumbo á tomar ligeras
En la antigua formacion.*

*Pálido el bello semblante,
Los negros ojos rasgados
Casi por la muerte helados.
Y de la tumba al dintel,
Fué Aben-Zaida á la galera.*

*CAPITANA conducido.....
¿Qué fué lo que allí el herido
Con sorpresa llegó á ver?*

CAPITULO VI.

Que concluye por un casamiento espiritual, que
sirve al mismo tiempo de epilogo.

Le mariage est né de l'amour comme
le vinaigre du vin...
BYRON.))

*Hay una voz simpática y oculta
Que el corazon entiende enamorado,
Que nos une à otro ser é identifica
Nuestra alma con la suya en dulce lazo;
Una voz misteriosa que nos dice
Si sufre y vierte doloroso llanto
Y si pensando en nuestro amor suspira
Momentos deliciosos recordando...
Pero todo este exordio metafísico
Que ni yo mismo á comprender alcanzo
Ha querido decir ni mas ni menos*

Traducido al corriente castellano
Que doña Luz tenía el presentimiento
Indefinible, nebuloso y vago
De que alguna desgracia sorprendente
Estaba á su argelino amenazando.
Vióle llegar despues de muerte herido,
Pálido el rostro, lívidos los labios,
Aquellos labios que otro tiempo dulces
Amorosas palabras pronunciaron.
La pobre niña desolada, muerta,
En ondas el cabello destrenzado
Y los ardientes ojos encendidos
Amarguisimo llanto derramando,
Sobre el cuerpo del moro moribundo
Se arrojó convulsiva, con sus brazos
Estrechando amorosa su cabeza
Y dolorosos ayes exhalando.
Abrió Aben-Zayda los hundidos ojos
De la jóven al vívido contacto,
Y, “¡soy feliz!”, desfalleciente dijo,
“¡Ya no siento morir!... ¡Te amaba tanto!”,
No pudo continuar, la muerte habia
Su espíritu del cuerpo separado.

Para que concluya el cuento
Bien ó mal, añadiré
Que doña Luz llegó á Málaga,
Donde á la memoria fiel
De su amante, nunca quiso
Matrimonio contraer;
Y viéndose de continuo

*Sitiada por un doncel
Candidato por el padre,
Condicion que siempre fué
Bastante para que á un hombre
Aborrezca una mujer,
Tomó el partido de echarse
En los brazos de la fé,
Y en un convento de monjas
Fué su dolor á esconder.*

FIN.

...sin embargo por un momento
 ...candado por el padre
 ...y cuando se fue a dormir fue
 ...haciendo para que a un hombre
 ...de la casa ande a dormir
 ...fue el primer día de echarse
 ...en los brazos de la fe
 ...y en un momento de cosas
 ...fue su dolor a recordar

FIN
 ue lion en

FIN

—132—

NOTAS.

DEL NEGRERO.

(1) Y en el pico.—*Se llama pico el extremo de la verga cangreja por que pasa la driza del pabellon nacional.*

(2) Del espeso forro.—*Forro es el conjunto de la tablazon exterior de un buque, clavado en el sentido de popa á proa sobre las ligazones y barraganetes.*

DE LA CONDOR.

(3) Tope.—*El extremo superior de cualquiera de los palos de un buque, metafóricamente, el marinero que está de vigilancia en las crucetas ó vergas durante el dia.*

(4) Su blanca estela.—*El rastro que deja tras si la nave.*

(5) Virar por abante.—*Cambiar de rumbo pasando la proa por aquel de donde viene el viento; en oposicion á la manioba de virar por redondo, que se efectúa cuando se toma el otro rumbo de bolina virando viento en popa.*

(6) Sus dos fajas descubriera.—*Los navíos de línea llevan generalmente pintadas dos fajas blancas por cada costado, cada una en la direccion de su correspondiente bateria.*

(7) En facha bracearon.—*Disponer el aparejo de modo que el buque quede parado ó con muy poco andar.*

(8) Eslora.—*Lo mismo que longitud del buque.*

(9) Manga.—*Ancho.*

(10) Arrufo.—*Elevacion de la popa y proa del buque con respecto á su centro de longitud.*

(11) Quebranto.— *Depresion de las mismas partes. El quebranto es lo contrario del arrufo.*

(12) Calado — *La parte del casco sumergida.*

(13) Chaza.— *La distancia de porta á porta, ó bien de cañon á cañon.*

(14) Un agua descubierta.— *Cuando un buque hace agua, y se sabe el punto por donde entra, se dice que se ha descubierta un agua por tal parte, etc.*

(15) Cazadas sus velas.— *Cazar una vela es una de las operaciones necesarias para orientarla ó ponerla de modo que reciba favorablemente el impulso del viento.*

(16) Equipaje.— *La marineria y guarnicion de un bajel.*

DEL CAPITAN WOLF.

(17) Pairo.— *Detener el buque, haciendo uso para ello de sus velas.*

(18) Cortar los cables.— *Arriarlos para ahorrarse el tiempo que se emplea en levar ó suspender las anclas.*

DE LOS CONTRABANDISTAS.

(19) Látna.— *La vela triangular que usan los faluchos.*

(20) Cargar la mayor.— *Cargar una vela es lo mismo que suspenderla ó recogerla por medio de unos cabos preparados al efecto.*

(21) Amolladas las escótas.— *Lo mismo que aflojarlas por estar el viento mas en popa.*

(22) Portalon.— *Seccion practicada en la parte de la obra muerta del buque por donde se entra y sale de abordo.*

DE UNA MUJER COMO HAY MUCHAS.

(23) De la falca.— *La parte superior de la obra muerta en las embarcaciones menores.*



INDICE

de las materias de este libro.

	<u>PÁGINAS.</u>
INTRODUCCION.— Al mar.	15
El Negrero.	19
La noche en calma.	39
La Condor	43
Trafalgar.	56
<i>El capitán Wolf.</i> —I. La Orgia.	61
II. Ines.	65
III. Continuacion del cuento.	70
IV.	73
V. Mi amigo Wolf.	74
VI. Duelo.	76
A Nuestra Señora del Cármen.	80
Los Contrabandistas.	84
Roma y Cartago.	94
<i>Una muger como hay muchas.</i> —CAPÍTULO PRIMERO. Que es el principio de esta dulcísima é ima- ginada historia.	98
CAP. II. De Caribdis á Scila.	103
CAP. III. Todo lo vence el amor; hasta á los piratas.	110
CAP. IV. Peripecia femenina.	117
CAP. V. Griegos y Troyanos	122
CAP. VI. Que concluye por un casamiento espirí- tual, que sirve al mismo tiempo de epílogo.	127
NOTAS,	131



The following information is provided for your reference:

1. The first section discusses the importance of maintaining accurate records.

2. The second section outlines the procedures for handling confidential data.

3. The third section details the requirements for reporting incidents.

4. The fourth section describes the roles and responsibilities of the staff.

5. The fifth section covers the process for reviewing and updating policies.

6. The sixth section addresses the need for ongoing training and development.

7. The seventh section discusses the importance of communication and collaboration.

8. The eighth section outlines the steps for resolving disputes and conflicts.

9. The ninth section details the process for conducting performance evaluations.

10. The tenth section covers the requirements for maintaining a safe and healthy work environment.



El texto continúa en las mismas partes. El
 es lo contrario del epílogo.

Calado — la parte del vaso emergida.

Cap. — la parte de agua y parte de tierra
 de canal o calado.

de las mujeres de este libro

Páginas

15	INTRODUCCION
19	El Autor
39	La noche en calma
43	La Condor
50	Tránsito
61	Al capitán Wolf
68	H. Juez
70	III. Continuación del cap.
73	El amigo Wolf
74	VI. Dueto
78	A Nuestra Señora del Carmen
80	Los Contrabandistas
84	Los Contrabandistas
88	Que es el principio de esta colección
98	güincha hasta
103	Cap. II. De Caribdis a Sicilia
110	Cap. III. Todo lo vence el amor, hasta a los piratas
117	Cap. IV. Persepolis lamentosa
122	Cap. V. Griegos y Troyanos
127	Cap. VI. Que concluye por un casamiento espiri- tual, que sirve al mismo tiempo de epílogo.
131	NOTAS